

Rodriguez Rubio,
La Rueda de la fortuna
(Primera parte)

GALERIA DRAMATICA

DE

DON MANUEL PEDRO DELGADO,
en Madrid, calle de Jesus y Maria, n.º 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,
ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.

1840 a 1860



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID
librerías de Cuesta y Elos.
Y en las provincias, á la vuelta se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.º de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acerlar errando.—Accion de Villalar.—Adel el Zegri.—Adolfo.—Afan de figurar.—A lu una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambición.—Ambicioso.—Amigo en candulero.—Amigo mártir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor vengado.—Amor agravios.—Amorios de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apotheosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso a las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendicaris.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del cordón.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su razón.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Caligula.—Calumnia.—Campanero de S. Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajufrin.—Casada, virgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades.—Catalina de Medicis.—Catalina Howar.—Cazar en velado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos.—Celia infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.—Cobradores del banco.—Copa y el encogido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—Conjuración de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristobal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuando acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desconfiido.—Desengañó en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Dialcojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dónne consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña Mar de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres pa una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunales.—Dumio y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de Maria.—Dios castiga sin palo.—Duende del meson, zarzuela.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierta de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escala de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupido.—Estrabacion.—Escamulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.—Escena del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espicion de un deho.—Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Faklan.—Familia improvisada.—Fam

Familia del boticario.—Familia de Faklan.—Familia improvisada.—Famlico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria Muirena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra desvios.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray L de Leon.—Frenologia y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Feperanza y osadia.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garlazo de la Vega.—Gaspar el gaudero.—Gastronomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—Golerero.—Gran capitán.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillermo el man.—Guillermo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, zarzuela.—Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Heroni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del aro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—H

ET-10

Primera parte

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS

DE

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino, en 6 de Mayo de 1849.

BIENHECHOS
M. P. D.
BIENHECHOS

(Entre 1840 y 1843)

MADRID.

IMPRESA DE DON CIPRIANO LOPREZ.
Cava-baja, n.º 49, bajo.
Junio 1857.

R.12419

PERSONAS.

ACTORES.

ZENON.	<i>Don Julian Romea.</i>
MAURICIO.	<i>Don Antonio Guzman.</i>
CLARA.	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
DON DIEGO FAJARDO	<i>Don Elias Noren.</i>
EL CONDE DEL VALLE. . . .	<i>Don Florencio Romea.</i>
PETRONILA.	<i>Doña Gerónima Llorente.</i>

Un criado. — Riojanos.

— — — — —
*La acción de este acto pasa en un pueblo de la Rioja
en 1774...*
— — — — —

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscripción de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1832.

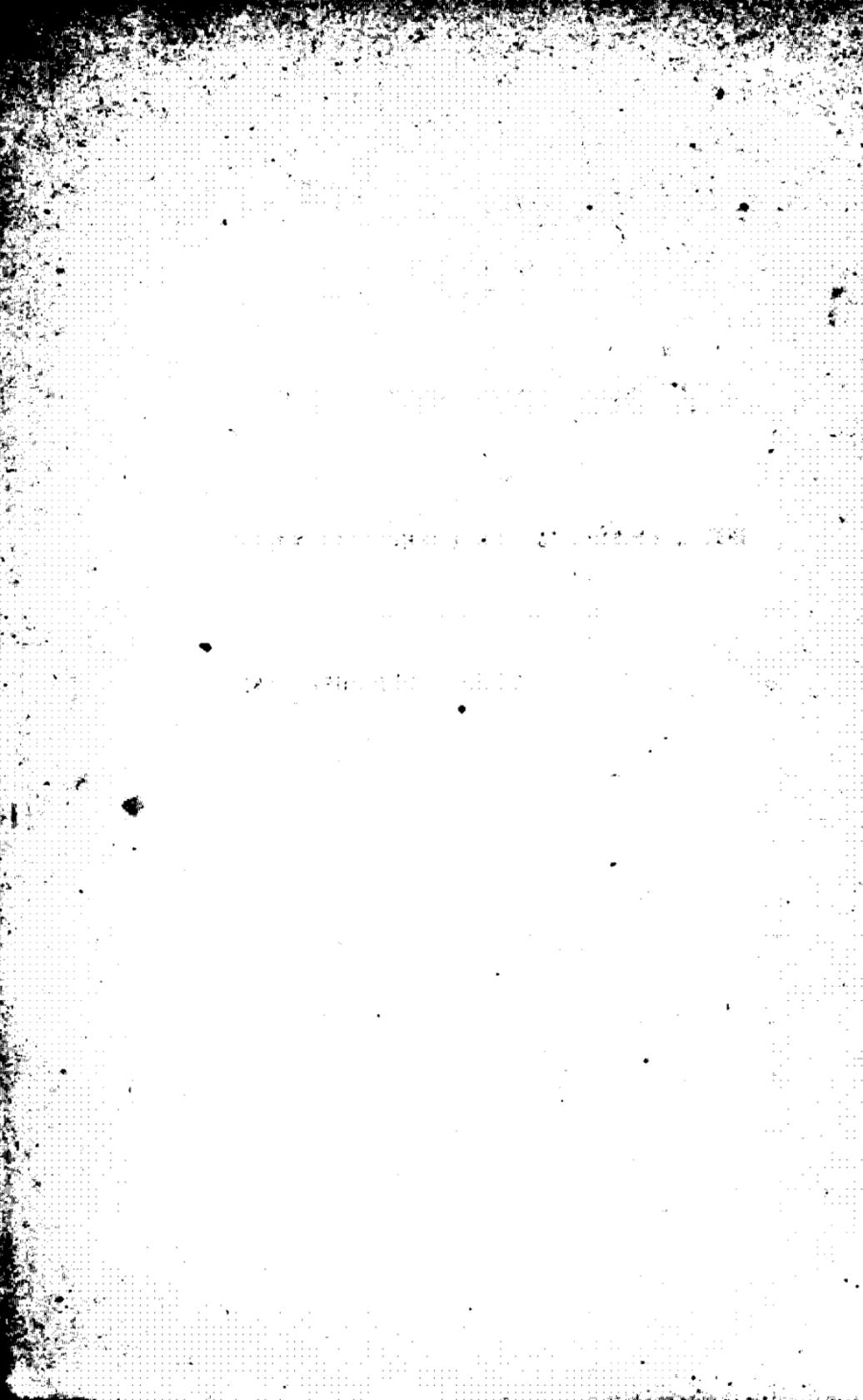
Á DON JOSÉ ZORRILLA.

TRIBUTO

DE CARINO Y RECONOCIMIENTO

DE SU APASIONADO AMIGO

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.



ACTO PRIMERO.



Sala baja de la casa de un rico labrador de la Rioja. Puerta en el fondo, por la que se descubre el campo, y otras dos, una á la derecha y otra á la izquierda del teatro. En este lado un armario antiguo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. PETRONILA.

- Petronila.* Si no me mata hoy el gozo digo que el gozo no mata.
Clara. Petronila!... esa alegría?...
Petronila. Señorita doña Clara, hoy se me quitan diez años de encima.
Clara. Pero, qué causa?...
Petronila. Pues no sabe usted?...
Clara. No tal.
Petronila. Vamos, si yo estoy en Babia; si parezco una chiquilla... si no sé lo que me pasa.
Clara. Mas...
Petronila. A eso voy; por supuesto que estaré como una grana de encendida, lo conozco, porque cuando de él se trata...
Clara. Mas, quién es él?
Petronila. Mi Zenon...
Clara. Qué dice usted? (*Con alegría.*)
Petronila. Sí; el de marras! mi dije, mi estudiantillo, el hijo de mis entrañas...

- lo he criado, señorita,
y con decir esto basta.
- Clara.* Sí, sí, ya sé... y, qué sucede?
acabe usted.
- Petronila.* Bien; me encanta
ese afán que tiene usted
por saberlo... ¿pues no? vaya,
¿a qué negarlo? Ustedes dos
se quieren...
- Clara.* Ay Virgen Santa!
- Petronila.* Y hace usted bien, si señora;
porque mi Zenon, en plata,
es el mozo mas lucido
que hay en toda la comarca.
- Clara.* Por Dios! que mi padre puede
escuchar...
- Petronila.* Hum! qué embajada!
Y que lo escuche y lo sepa...
mejor es hoy que mañana:
si a la postre Dios ó el diablo
han de tirar de la manta...
- Clara.* Pero aun no me ha dicho usted...
- Petronila.* Y es verdad, se me olvidaba...
Toma! que ya concluyó
de estudiar, y vuelve á casa
hecho un doctor...
- Clara.* Cuando, cuando?
- Petronila.* Hoy mismo...
- Clara.* Cielos!
- Petronila.* Cachaza;
vea usted, vea usted lo que escribe
á su padre... aqui guardada
sobre el corazón la tengo...
ya, ya verá usted qué carta...
- Clara.* Venga acá.
- Petronila.* (Dándosela.) Léala usted alto;
quiero otra vez escucharla
aunque llore y gimotée...
- Clara.* (Lee.) «Padre mio: tengo el placer de anun-
ciarle para su satisfaccion que he terminado feliz-
mente mis estudios, y que he recibido hace dos dias
la borla de doctor en leyes.»

Petronila. Qué discreto! Hijo de mi alma!

Clara. «Saldré inmediatamente de esta corte con dirección á ese pueblo, y en breve tendré la envidiable fortuna de abrazar á usted y á mi buena Petronila, para no separarnos jamás.»

Petronila. Jamás, jamás. Lo oye usted?
Dios lo bendiga! qué pasta!

Clara. Con que es decir que muy pronto le veremos.

Petronila. Cosa es clara:
mas, no sigue usted leyendo?

Clara. Hay mas?

Petronila. Priolera! otra llana,
en que habla de usted...

Clara. De mí!

Petronila. A la vuelta, carta canta.

Clara. «Ya no ambiciono mas que una cosa para asegurar completamente mi felicidad... la mano de la virtuosa Clara. Esa jóven tan pura como desgraciada me ha inspirado un amor vehemente, profundo, y ahora que ya tengo un porvenir, que me hace mas digno de ella, se lo anuncio á usted, padre mio, porque no dudo que merecerá su aprobacion y me ayudará con su influjo á obtener la esposa que hace mucho tiempo eligió mi corazon.»

Petronila. Qué bien se esplica! Eh? qué tal?
No hay que ponerse encarnada,
qué diantre!... aqui estamos solas,
y luego, cosa mas santa?
no es verdad?

Clara. Si... Petronila...

Petronila. Levante usted esa cara,
que lo demás es andarse
con repulgos de empanada.
Míreme usted... así, así,
y dígame facha á facha...
le quiero porque es muy guapo,
me gusta, y santas pascuas.

Clara. Si, si... pero calle usted,
que en esa vecina estancia
mi padre...

Petronila. Vuelta, mi padre...

- y aunque escuche lo que se habla
qué ha de icir el buen señor ?
- Clara.* Sin embargo, sus desgracias
le tienen exasperado,
y pudiera...
- Petronila.* Patarata!
verá usted como en la boda
es el primero que baila,
y se le quita la murria
y ese genio de...
- Clara.* Dios lo haga !
- Petronila.* Lo hará, lo hará, y con su amparo
mi señor, sin mas tardanza
la va á pedir á usted hoy.
- Clara.* Jesus ! hoy ?
- Petronila.* Por qué se espanta ?
Ya sabe usted que aquí nunca
nos andamos por las ramas.
Hoy la pide, sí señora,
porque quiere á la llegada
de su chico, sorprenderlo
y decirle: buena alhaja,
ahí la tienes, casate,
salud y cosecha larga.
- Clara.* No quisiera que tan pronto
esas bellas esperanzas
llegaran á convertirse
en realidades amargas...
No sé qué nuevos pesares
está anunciándome el alma.
- Petronila.* Otra te pegó? por vida !...
volvemos á las andadas ?
No se apure usted jamás
por duendes ni por fantasmas,
mientras de lejos asusten
y no presenten la cara.
Hoy llega Zenon, señora:
los mozos y las zagalas
tratan de ir á recibirlo
hasta la ermita, y su ama
ya puede usted figurarse
que no piensa caer en falta :

vamos á ver, quiere usted ser tambien de la comparsa?

Clara. No sé si querrá mi padre...

Petronila. Válgame la Candelaria!
si le tiene usted mas miedo que á los toros de Navarra.

Clara. Bueno, yo se lo diré...

Petronila. Pues eso, que no se trata de ningun aquel que sea impropio de gente honrada. Ea!... me voy: en un vuelo dejo corriente la casa y vuelvo aqui por usted... vamos, ánimo y mas alma!... Si estas niñas de Madrid parecen unas estátuas.

ESCENA II.

CLARA.

Qué envidiable es esta gente con su infeliz ignorancia sin aspirar ambiciosa del mundo la pompa vana!
Las horas de su existencia aqui tranquilas resbalan bajo el influjo benéfico de estas purisimas auras... y de ese sol que en sus prados placer y vida derrama.
Si yo pudiera algun dia gozar de la dulce calma que brinda por todas partes esta escondida morada, oh!... qué dichosa... mas, no, fascinadora esperanza!...
Y el orgullo de mi padre? y el esplendor de su casa?
Ay de mi! yo debo ahogar esta pasion insensata!
Mas, quién se acerca? no es él?

tan temprano y fuera estaba?
Oh!... cada vez mas sombrío!
en esa frente inclinada
alcanzo á ver la honda huella
de los dolores del alma.—

ESCENA III.

CLARA. DON DIEGO.

Diego.

(Sin reparar en su hija.)
Nadie! tampoco hoy vendrá...
qué calma!... condenacion!
Padre mio...

Clara.

Quién! es mi hija?

Diego.

Vuestra Clara, si señor.

Clara.

Muy pronto has dejado el lecho.

Diego.

Me levanté con el sol...

Clara.

pero usted ha madrugado
segun veo mas que yo.

Diego.

Si.

Clara.

Y qué tal? con el paseo
se encuentra usted hoy mejor?

Diego.

Lo mismo.

Clara.

Bajó usted al valle?

Diego.

No.

Clara.

Es cierto que en derredor
ha hecho la última tormenta
mucho estrago?

Diego.

Qué se yo?

Clara.

Se enfada usted?

Diego.

No, hija mia;
perdona á mi mal humor,
que hasta contigo se estrella
sin motivo y sin razon.
Es de mi suerte enemiga
tan escesivo el rigor,
que ya me faltan las fuerzas,
la fe y la resignacion.
Medito en lo grande que era
y en lo pequeño que soy,
y al cabo me he convertido,

Clara. va lo vés, es un huron.
 Pero, cuánto mas felices
 vivimos aquí los dos?
 Es cierto que no hay riquezas,
 ni lujo ni ostentacion
 ni aumentamos de la corte
 el brillo deslumbrador,
 mas estas gentes sencillas
 nos aman...

Diego. Por compasion.

Clara. En esos montes y valles
 se encuentra...

Diego. Nieve ó calor,
 ó lobos ó precipicios,
 lagunas... linda mansion!

Clara. (Imposible!... cada dia
 mas tenaz, válgame Dios!)

Diego. Sabe usted que hoy va á llegar?...
 (Con ansiedad.) Quién! tú lo sabes?

Pues no?

Clara.

Diego. Quién te ha dicho?...

Clara. Petronila.

Diego. Petronila?

Si señor.

Diego. Y, á ella?...

Si lo ha criado...

Clara. Al conde ha criado?

Diego. No,

á Zenon, que hoy va á llegar,
 y va viene hecho un doctor.

Diego. Eh!... qué importa ese muchacho?
 me traerá la salvacion?

ESCENA IV.

CLARA. DON DIEGO. MAURICIO.

Mauricio. Que Dios nos dé buenos dias,
 á ustedes, á mí y á tos.

Clara. Muy buenos, señor Mauricio.

Mauricio. Y, cómo va ese valor,
 señor don Diego?

- Diego.* Tal cual.
Mauricio. Vaya, me alegro: y el sol de la Rioja?
- Clara.* Como siempre...
Mauricio. Como siempre, hecho un primor. Hombre, es usted el que á la cresta del monte se encaramó esta mañana?
- Diego.* Yo, sí. —
Mauricio. Tambien es buena aprension.
Diego. Las suelo tener muy raras...
Mauricio. Hombre, no digo que no, si pajarraco mas propio que usted sobre aquel monton de peñas... quíá!... ni pintado.
- Diego.* (A Clara.) Oyes?
Clara. (A Diego.) Tal vez no pensó...
Mauricio. Pues no se ande usted en jolgorios, que en nuestra edad á lo mejor... pataplum!... y en las alturas es muy malo un resbalon.
- Diego.* Es verdad, señor Mauricio, eso muy bien lo sé yo. —
Mauricio. Si es una verdad mas grande que el templo de Salomon. Pero ahora que me recuerdo, tenemos que hablar.
- Clara.* (¡ Ay Dios!)
Diego. Conmigo ha de ser?
Mauricio. Y á solas. — Señorita, con perdon...
Clara. (Bajo.) Qué va usted á hacer?
Diego. Vete, Clara.
Clara. (¡ Ay de mí!) Voíme, señor. —

ESCENA V.

DON DIEGO. MAURICIO.

- Mauricio.* Pues como íbamos diciendo ello será lo que quiera ; mas, cada cual en su esfera...

en fin, señor, yo me entiendo.
 No se me importa un comino
 de que hable la gentecilla,
 porque aquí como en Castilla
 el pan, pan, y el vino, vino.
 Quisiera hacer un regalo
 á mi chico... y, ya se ve...
 pero no me escuche usted
 con cara de juez de palo.
 Qué diantre! ruede la bola.
 Con rabiar, se pára? no;
 pues haga usted lo que yo...
 Qué?

Diego.

Mauricio.

Diego.

Me tiendo á la Bartola.
 Con grande placer lo haria...
 será muy útil, convengo;
 pero, amigo, yo no tengo
 tan bella filosofía.

No puedo sufrir tranquilo
 del mundo los desengaños,
 ni mirar que hace tres años
 voy mendigando un asilo...

Mauricio.

Eso no, voto á mi nombre!
 no hable usted de mendigar,
 que ya es mucho alambriar;
 no está usted en mi casa, hombre?
 Yo en jamás supe el secreto
 de sus grandes desventuras...
 porque lo que es yo en honduras,
 la verdá, nunca me meto.
 Ustés llegaron aquí,
 y que eran me figure
 gente honrá; no me engañé,
 y mi casa les abrí.

Corriente; y no le parezca,
 ya que en el potro me ha puesto,
 que ensarto aquí todo esto
 para que usted lo agradezca.
 No señor; voy al decir
 de que usted, si no me engaño,
 dijo que tambien ogaño
 mendiga para vivir.

- Y ahora sí que reniego
de lo que valgo... pues qué!
cuanto hay aquí no es de usted?
pues, qué le falta, don Diego?
- Diego.* Nada, Mauricio: no hay cosa
que al mirarme en tal estado,
no me haya usted prodigado
con su mano generosa.
- Mauricio.* Vaya, hombre!
- Diego.* No; es la verdad,
verdad que aquí grabaré,
porque nunca olvidaré
su amable hospitalidad.
Mas, con todo, hay sinsabores
que me tienen aburrido...
desterrado, perseguido,
sin riquezas, sin honores...
- Mauricio.* Voto al chapiro... don Diego,
que usted con toda esa cresta
no sabe lo que se pesca...
¡pues! si eso lo viera un ciego.
Tiene usted mas que decir...
cuanto tuve se ha deshecho;
pues señor, á lo hecho pecho,
yo valgo mas y á vivir.
A mí se me han muerto ogaño
dos yuntas y cien ovejas:
me han hurtado cuatro rejas
y la piedra me ha hecho daño.
Luego por cuatro terrones
de tierra de pan llevar
me ha hecho el alcalde aflojar
cinco ú seis contribuciones.
Y aunque fué malo el invierno
y repear el verano...
no importa, dinero en mano,
y reclamar al infierno.
Y, me ha de enrabiar?... Yo? quíá!
lo que dice el tío Facundo:
paz, que los bienes del mundo
Dios los quita y Dios los dá.
(Famoso predicador.)
- Diego.*

Mauricio. Por eso nunca me afano...
y estoy, ya ve usté, tan sano,
tan recio y de buen humor.

(Señalando el armario.)

Allí tengo... es un decir...
lo que gané buenamente,
y si usté en ello consiente
nos lo poemas repartir.

Diego. Pero... qué?...

Mauricio. Espacio, señor:
hoy mismo llega mi chico,
y aunque veaga hecho un borrico
al fin viene hecho un doctor.
El muchácho es un borrego;
ha visto á la señorita...
y ello es que se despepita
por su hija de usté, don Diego.

Diego.

Mauricio.

Con que si al rapaz

por yerno lo admite usté,
mi bendicion le daré,
mi hacienda luego, y en paz.

Diego.

(Pues me gusta la tal boda;
creerá que me hace un favor.)

Mauricio.

Con que, qué ica usté, señor?
acomoda ó no acomoda?

Diego.

Por mi parte... ya ve usté...
es un enlace muy bello...
si Clara consiente en ello,
vo tambien consentiré.
Mas si su felicidad
tal vez con él no consigue,
no espere usted que la ostigue...
respelo su voluntad...

Mauricio.

Hombre... Dios no lo permita!
buenamente es lo que quiero;
pero á la fuerza?... primero...

ESCENA VI.

DON DIEGO. MAURICIO. PETRONILA. *Después* CLARA.*Petronila.* Señorita, señorita.*Clara.* Quién me llama?*Petronila.* Así se está?

Vaya, vamos: que es razón!...

Diego. Dónde?*Petronila.* A esperar á Zenon.*Diego.* Perdone usted...*Petronila.* Qué?*Diego.* No va.*Petronila.* Vaya, éjela usted, don Diego.*Diego.* Tengo que hablarla...*Mauricio.* Icc bien;

vete, Petra, y yo tamien.

Con que señor, d'aquí á luego.

Petronila. Pero si no...*Mauricio.*No hay mas pero
que órrio d'aquí: oierra el pico
y vete á aguardar al chico,
que yo aquí en casa us espero.*(Vanse, Mauricio por la izquierda, Petronila por el fondo.)*

ESCENA VII.

CLARA. DON DIEGO.

Diego. (Que sufra yo que un palurdo...
reniego de mi destino!)*Clara.* (No me atrevo á alzar los ojos...
no hay duda, ya te habrá dicho...)*Diego.* Querida, no ignorarás
que para mí es un martirio
verme obligado á vivir
entre rudos campesinos.*Clara.* Señor, lo sé... (Dios me valga!)*Diego.* Será muy bello este sitio
y ofrecerá mil encantos
al que otra cosa no ha visto;

mas, ten presente, hija mia,
que para el pobre proscripto
no hay lugares mas hermosos
que aquellos en que ha nacido.

Clara.
Diego.

Es verdad... (Esto va malo!)
Estos labriegos son sencillos,
tienen sano el corazon,
son francos, muy compasivos...
y es un modelo de todos
nuestro honorado y buen Mauricio.
(Aun hay esperanza...)

Clara.
Diego.

Pero...

Clara.
Diego.

(Ah!)
Sus costumbres, sus dichos,
su grosera educacion,
y la humildad de sus titulos,
se avienen mal con aquellos
que nunca siervos han sido,
y han gozado de la pompa,
del esplendoroso brillo
que siempre ofrece la corte
a los nombres distinguidos.
(Ay de mí!)

Clara.
Diego.

Por eso, Clara,
mirando á lo sucesivo,
y para evitar que un dia
algun villano atrevido,
al mirarnos colocados
donde nuestra suerte quiso,
ose elevarse á la altura
de tu nombre esclarecido,
he dispuesto de tu mano
en favor de mi sobrino...
(Cielos!)

Clara.
Diego.

El conde del Valle.

Clara.
Diego.

El conde, señor?...

El mismo.

Él será mi salvador,
y con su influjo confio
que en breve nos sacará
de la aridez de estos riscos
para otra vez devolvernos

nuestro rango primitivo.
 Si tal consigue, hija mía,
 no encuentro premio mas digno
 que ofrecerle, que una esposa
 llena de encantos y hechizos.
 El te adora, su pasion
 con grande entusiasmo miro,
 y por si acaso lo ignoras...
 Clara, te doy este aviso.
 (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

CLARA.

Qué es esto, santos del cielo?
 es realidad lo que he oido,
 ó acaso un sueño tenaz
 fatiga mi pobre espíritu?
 Oh!... no, mi desdicha es cierta,
 mi corazon lo predijo:
 conozco bien de mi padre
 el carácter duro, altivo...
 mas renunciar para siempre
 al leal, puro cariño,
 del que hoy lleno de esperanzas
 vuelve á su suelo nativo...
 es mucha crueldad... y en cambio
 ser del conde!... qué suplicio!

ESCENA IX.

CLARA. MAURICIO.

Mauricio. (Ya está sola... si don Diego
 vale un Perú por lo listo;
 qué pronto arregla las cosas!...
 pues señor, va bien, magnífico!
 Cuando venga mi Zenon
 y lo sepa... de cá brinco...)
 Qué es eso?

Clara.

Ah!...

Mauricio. Está usted llorando?

Clara. No es nada, señor Mauricio.

Mauricio. Vaya, y esos lagrimones que ruedan por los carrillos?

Clara. Yo no sé... tal vez será que el viento...

Mauricio. (Malo, malísimo!...)

Si no corre un pelo de aire.

(A que desprecia á mi chico?)

Vamos claros, señorita, don Diego le habrá á usted dicho...

Clara. Sí señor...

Mauricio. Y á lo que veo

eso le dá á usted motivo

para llorar y afligirse!...

Clara. Sí señor.

Mauricio. Voto va crispo!

con que usted quiere matar

á mi Zenon, por lo visto.

Clara. Ah!... no señor, si no es eso!

Mauricio. Pues diga usted entonces...

Clara. Digo

que soy la mas desdichada del mundo.

Mauricio. Cómo! Salimos

con eso ahora?... por vida...

que estoy hecho un basilisco!

Quién aquí le dá pesares?

quiero saberlo...

Clara. No!

Mauricio. Vivo!

porque si llego á perder,

señorita, los estribos,

he de hacer un escarmiento

que suena en el paraiso.

Clara. Por Dios, baje usted la voz;

tal vez mi padre ya ha oído...

Mauricio. Toma! y qué? pues si él supiera...

si está en el ajo conmigo;

si por él no hay inconveniente

en que la boda...

(Latigazos y ruido de un carruaje que se aproxima.)

Clara. Ese ruido...
es una silla de posta?...
Mauricio. Qué ha de ser... por este sitio...
(*Se dirige á la puerta del fondo.*)
Pues es verdá; un carricoche
se ha parado en el camino,
y aquí viene el mayoral...:

ESCENA X.

CLARA. MAURICIO. UN CRIADO. *Despues* EL CONDE.

Mauricio. Qué se ofrece, buen amigo?
Criado. Don Diego Fajardo?...
Mauricio. Aquí.
Criado. Señorito, señorito!...
esta es la casa.
Mauricio. Y se apea
un mancebo de lo lindo...
Clara. (Quién sera? mi corazon...
me anuncia... (*Aparece el conde en el fondo.*)
Cielos!... mi primo...)
Conde. (*Al criado.*) No le alejes de la silla,
que nos vamos ahora mismo.
(*A Mauricio.*)
Hola! buen viejo...
Mauricio. Hola! mozo.
Conde. Adónde están?... mas... qué miro!
Clara! prima!... al fin nos vemos
despues de... qué sé yo, un siglo...
Cómo estás? dime...
Clara. Tal cual...
y tú?
Conde. Yo?...
Mauricio. (Calla! y son primos.)
Conde. Cómo he de estar, sino alegre
de ver tu rostro bellissimo
despues de ausencia tan larga?
Ya mis votos se han cumplido...
Clara. Gracias, Ricardo; ya sé
tus costosos sacrificios...
Conde. Oh! no hablemos de eso ahora;

cuando el objeto es tan digno,
quién podrá permanecer
indiferente, pasivo?...

Mas observo que apagado
de tus ojos está el brillo
y hasta marchitas las rosas
de tu semblante divino.

Tú, Clara, tan abatida?...

No... (qué pesadez!)

Clara.

Mauricio.

Conde.

(Qué pico!)

Oh! tienes razon, comprendo...

cuánto te habrás aburrido!

jóven, hermosa, sensible...

á quién no mata el fastidio

de soledad tan monótona?...

un día y otro lo mismo

sin tener con quien hablar,

ni sentir... pueblos malditos!

y luego aquí entre salvages...

Mauricio.

Conde.

(A que le rompo el bautismo.)

Mas todo tiene su fin...

(Baja la voz.)

el destierro ha concluido;

muy en breve, Clara bella,

serás de la corte el ídolo,

y yo me envaneceré...

Mauricio.

Conde.

(Hola! y se hablan al oído...)

(Oh! cómo se ruboriza!

es un corazon novicio...)

Pero... tu padre no está?

Clara.

Conde.

Ahí dentro...

Fuera un impio

si las nuevas retardara

que en posta aquí me han traído.

Oh!... cuál va á ser su sorpresa!...

voy á verlo... Tio, tío!...

ESCENA XI.

CLARA. MAURICIO.

Mauricio. Vaya si el nene alborota.

Clara.

Mauricio.

(No hay que esperar... lo estoy viendo...)

Señorita... yo no entiendo

de esta jerga ni una jota.

Há un rato que la dejé

con su señor padre hablando:

vuelvo, y la encuentro llorando

y no me dice el por qué.

El antes me dijo á mí

que era un enlace muy bello;

usted conviene con ello,

y llora... pues, qué hay aquí?

A poco viene ese guapo;

con usted pega la hebra,

y la abraza, la requiebra...

y nos pone como un trapo...

Es verdá que si no fuera

porque oi que era su primo...

del trancazo que le arrimo

le ablendo la calavera.

Pero, en fin, usted le oyó

con disgusto, con mal gesto,

y á mí me basta con esto...

por lo que hace al llanto, no.

Yo tengo acá mi interés...

y quiero que sin reparo,

señorita, hable usted claro

sin aguardar á despues.

Clara.

No puedo... debo callar...

y sabrá hacerlo mi boca,

que... no es á mí á quien le toca

en esta ocasion hablar.

Ah!... no, primero morir:

lleve el aire mi deseo,

que ya desde aquí preveo

cuál va á ser mi porvenir.

Y no juzgue usted, Mauricio,

que podré nunca olvidar...

Oh!... mucho me va á costar

tan inmenso sacrificio.

Que en estos sitios amenos,

por esta paz y alegría...

todo un reino trocaría.

Mauricio. Pues ahora lo entiendo menos.
(*Voces á lo lejos.*) Viva!

Clara. Oye usted?

Mauricio. Oigo, sí;
es mi Zenon que entra ya...
y los mozos... Voto va!

(*Voces mas cerca.*) Viva Zenon!

Clara. Ay de mí!

Mauricio. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)
Pues; ahora yo quisiera
decirle... ya tiés mujer;
pero esto de no saber
si quedamos dentro ú fuera...

ESCENA XII.

CLARA. MAURICIO. PETRONILA, *que entra precipitadamente.*

Petronila. Ea!... señor, ya está aquí:
ahora acaba de entrar...
qué calor! en el lugar.—

Mauricio. Con que, ya lo has visto?

Petronila. Sí;

y viene como se fué,
tan guapo, tan... qué sé yo!
qué mozo! (*Á Clara.*) Apenas me vió
me preguntó por usted.

(*Rumor confuso de voces. Mauricio con los brazos tendidos se va por la puerta del fondo.*)

Mauricio. Chiquio, chiquio... ven acá!

Clara. (Y, qué haré yo en tal estado?...
parece que me han clavado
en este sitio...)

Petronila. Aquí está!

(*Aparecen en el fondo Mauricio y Zenon enlazados los brazos y rodeados de gente del pueblo.*)

ESCENA XIII.

CLARA. ZENON. MAURICIO. PETRONILA. PUEBLO.

Zenon. Gracias, amigos...

Varios del pueblo. (*Estrechándole la mano.*) Zenon!

Zenon. Nuestra amistad primitiva
conservaré mientras viva
grabada en el corazón.

(*Al reparar en Clara se desprende de los brazos de Mauricio, y este queda á la puerta con Petronila recibiendo las enhorabuenas de los lugareños.*)

Mas ¡cielos! cómo no ví,
siendo de mi norte estrella,
que esa luz tan pura y bella
estaba alumbrando aquí?
Siempre juntos, no es verdad?
Pluguiese á Dios...

Clara.
Zenon.

Clara mia...
dudando estoy todavía
de tanta felicidad.

Clara.

Oh! que hoy tal vez con los dos
será la fortuna avara...

Zenon.

Cómo! por qué?

Diego.

(*Dentro.*)

Clara!... Clara!...

Clara.

Oyes?

Zenon.

Sí; mas...

Clara.

Calla! Adios.—

ESCENA XIV.

ZENON. MAURICIO. PETRONILA. PUEBLO.

Zenon.

Se va... y al llanto se entrega...
qué es lo que debo temer?...

Mauricio.

Petra, dales de beber,
del mejor de la bodega.
Lo harás bien?

Petronila.

Vaya si haré!

Mauricio.

Pues, aleluya, á bailar,
y no dejéis de trincar
mientras us tengais en pié.
Adios, Roque, Blas, Rodrigo...
idos con la Madalena...

Varios.

Con Dios; que sea en horaguena...

Petronila.

Muchachos, venius conmigo.—

ESCENA XV.

MAURICIO. ZENON.

Zenon. Padre, qué es lo que ha pasado?
Clara está triste...

Mauricio. Si?

Zenon. Si;

por qué se aleja de mí
en llanto el rostro bañado?
Yo que este día esperé
como el mejor de mi vida...
la encuentro tan afligida...
sepamos...

Mauricio. Si yo no sé.—

Zenon. Pero, es posible?...

Mauricio. (Callemos

hasta saberlo de fijo.)

Hombre, yo nada colijo...

déjalo, que ya sabremos...

Zenon. Y, cuándo lo he de saber?...

Oh!... algún misterio hay aquí
que... es cierto, padre? sí, sí...

Mauricio. Dale, dale... qué moler!

No te rompas la cabeza;

quién sabe lo que será?

no tienen ellos allá

sus motivos de tristeza?

Vaya! al instante malicias...

Esé jóven que ha venido,

tal vez les habrá traído

algunas malas noticias.

Zenon. Quién!

Mauricio. Un primo, un señoron...

ahí dentro juntos están...

pues! si á los diablos se dan,

qué le hemos de hacer, Zenon?

Zenon. No sé qué presentimiento...

Mauricio. Vaya, que no hay quien te aguante...

Clara. } (Dentro.) } Pero, marchar al instante?

Conde. } Oh! sí...

Diego. } Al momento, al momento.

Mauricio. Ya salen...

ESCENA XVI.

CLARA. DON DIEGO. ZENON. EL CONDE. MAURICIO.

- Conde. La brevedad
conviene. En mi silla.
- Diego. Pues.
- Conde. Bien podemos ir los tres
con toda comodidad.
- Diego. Mauricio, venga un abrazo.
- Mauricio. Vaya pues... (si era sabido.)
Con que, ya?...
- Diego. Al fin se ha cumplido
de mis desdichas el plazo.
El rey me vuelve su gracia
y mis títulos tambien.
- Mauricio. Aaa!... pues que sea para bien,
sin que otra nueva desgracia...
- Diego. Oh! ya no tengo ninguna;
he conseguido triunfar...
y yo haré en Madrid clavar
la rueda de la fortuna.
Ofrezco á usted desde aquí
cuanto tengo, y cuanto valgo...
y si allá servimos de algo...
- Mauricio. Pues qué! se van ustedes?
- Diego. Sí.
- Zenon. (Qué escucho!)
- Diego. Preciso es.
Hoy á la corte me llaman,
y mi presencia reclaman
asuntos de alto interés.
Ya la posta nos espera.
- Mauricio. Pero señor... y de aquello?...
- Diego. (Tomando la mano de Clara y disponiéndose á marchar.) Soy el conde de Santello,
y esta mi única heredera.
- Mauricio. Hola!...
- Zenon. (A Clara bajo.) Y qué haremos los dos?
- Clara. Vé á Madrid.
- Zenon. Mas...
- Diego. (Alejándose con Clara y el conde.)
Adios.—

Zenon. (Recibiendo el pañuelo de Clara, que besa y
oculta entre las manos.)

Conde. (A Diego.) Lo de la boda, eh? ja... ja...
Ah!

ESCENA XVII.

ZENON. MAURICIO.

Mauricio. Qué señores! voto á brios!
se largan... pues ya se va;
si un marqués es mucho cuento;
y un palurdo es un jumento.
Qué... (Oyese partir un carruaje.)

Zenon. Pronto te seguiré.

Mauricio. Buen viaje! Zenon, qué dices?
Así se paga el favor...
nos ha dejado el señor
con un palmo de narices.
Pues hace poco, decía
el tal marqués de Santello
que era un enlace muy bello...

Zenon. Pues qué! Don Diego sabía?...

Mauricio. Como dos y una son tres.
Toma! esta mañana, aquí,
se la pedí para tí...

Zenon. Con que, nos desprecia?...

Mauricio. Eso es.

Zenon. No somos bastante buenos
para aspirar á la alteza
de su esquisita nobleza?...

Mauricio. Zenon, nos tienen en menos.

Zenon. Toda mi sangre daría
por humillar una vez
el orgullo, la altivez
de su pomposa hidalguía.

Mauricio. Bien!... eso... chico, así, así...
mucho me gusta ese fuego...
qué diablo! tú no eres lego,
(Señalando á la frente.)
y tienes mucho de aquí.
Hombre eres, no te esazones;

tienes amor y ambicion...
y tú no debes, Zenon,
de vivir entre terrones;
con que lárgate á Madrid,
y á ver si conquistas gloria...

(Saca del armario un rollo de pergamino.)

Zenon. Padre!...

Mauricio. Esta es tu ejecutoria,
tan buena cual la del Cid.

Zenon. Ah!...

Mauricio. En lo que vale repara;
y si algun alma de roble
te dice que no eres noble...
arrójasela á la cara.

Zenon. Y gasta en llegando allí
coche, caballos y galas...
tiende sin miedo las alas,
que tu padre queda aquí.
Pero, ahora ha de volver
á separarnos un sueño?

Mauricio. Te han dicho que eres pequeño,
y grande te quiero ver.

Aquí no haces falta alguna,
y... anda, que tal puede dar,
que logres tambien clavar
la rueda de la fortuna.
Clara suspira por tí;
de su gente has visto el porte,
con que hazles ver en la corte
lo que no vieron aquí.

Zenon. Ah! padre del corazon!
en Dios y en usted confio.

(Abrazados hasta el fin del acto.)

Mauricio. Vete con él, hijo mio,
llévate mi bendicion;
que no nos vuelvan jamás
á hacer doblar la cerviz...

(Aparte y volviendo el rostro para ocultar su emocion.)

Si logro verlo feliz
no me importa lo demás.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

. : así que, las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca francés, conociendo que debía captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenía en Madrid; pero á pesar de esto no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, y de esta suerte se movía una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cuál de las dos naciones conseguiría preponderancia en Madrid. Por entonces subió también al ministerio el marqués de la Ensenada. . . .

(Historia general de España.)

ACTO SEGUNDO.

PERSONAS.

ACTORES.

LA MARQUESA DE T...., ca- marera mayor.	<i>Doña Matilde Díez.</i>
CLARA.	
D. ZENÓN DE SOMODEVILLA.	
EL CONDE DEL VALLE.	
DON DIEGO FAJARDO.	
EL DUQUE...., embajador de Francia.	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
MISTER KEEN, embajador de Inglaterra.	<i>Don Lázaro Pérez.</i>
<i>Un portero de estrados.</i>	

Salón en casa de la marquesa, suntuosamente alhajado. En el fondo dos puertas, de las cuales una está cerrada: a la izquierda una mampara que dá entrada al camarín de la marquesa.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE. EL PORTERO.

Portero. (*Entreabriendo la mampara.*)
Su excelencia os ruega que
la esperéis solo un momento,
y os dignéis tomar asiento.

Duque. Con grande placer lo haré.
Suplicadle en nombre mío
que no es bien que se moleste...
aunque el disgusto me cueste
de no verla...

Portero. Bien. (*Vase cerrando la mampara.*)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Confío

en ella á fé de francés;
 si consigo mi intento,
 ya no temo al parlamento
 ni al embajador inglés.
 El astuto Mister Kin (1)
 con el ministro hace liga,
 y allá á su manera intriga...
 mas, qué ha de alcanzar al fin?
 todo se va en pareceres,
 y en notas, y en informar...
 qué diablos! para intrigar
 son mejores las mujeres.
 Esta tiene buen humor,
 es vivaracha, traviesa...
 y sobre todo es marquesa
 y camarera mayor,
 y de encumbrado abolengo,
 muy querida de los reyes,
 y son sus caprichos leyes...
 pues señor, á ella me atengo.
 Con tacto fino y constancia,
 lisonjas... lograré, sí;
 que las mujeres aquí
 serán lo mismo que en Francia.
 Oh!... mi astucia vencerá
 la habilidad del inglés...
 y ya veremos despues...
 pero al asalto, aquí está.

*(Abre el portero la mampara, y al pasar por delante la
 marquesa, le hace una reverencia y se retira por la
 puerta del fondo.)*

ESCENA III.

LA MARQUESA. EL DUQUE.

Marquesa. Ah, señor embajador,

(1) Se escribe como debe pronunciarse.

- mi tardanza perdonad ,
pues no esperaba en verdad
visita de tanto honor.
- Duque.* Señora marquesa , á fé
que el que á esta casa ha venido
para ser favorecido ,
soy yo.
- Marquesa.* No alcanzo el por qué ;
mas vos sois con demasia
modesto á par que brillante ,
y como francés , galante.
- Duque.* Quién con vos no lo sería ?
- Marquesa.* Cómo os va , no me decís ,
en nuestra España ?
- Duque.* Señora ,
la España es encantadora ;
un delicioso pais.
Cómo he de estar sino bien
donde alterna la cultura
con la gracia , la hermosura ,
y con el valor tambien ?
Estando en Lóndres oí ,
mil veces en cada dia ,
que aquí nada mas habia
que hordas de árabes...
- Marquesa.* Si ?
- Duque.* Si.
- Ya veis , ya veis los ingleses ,
los hijos de la Bretaña ,
cómo tratan á la España.
- Marquesa.* (Lo mismo que los franceses.)
- Duque.* Mas llegué , y me convencí
de que solo la malicia
puede con tanta injusticia
hablar de la España así.
- Marquesa.* Elogio... poco sincero ,
pero , duque , á no dudarlo ,
me place mucho escucharlo
de boca de un estrangero.
Porque tan avaros son
de elogios y buenos modos ,
que hay que aprovecharlos todos

en esta pobre nacion.

Duque. La Francia, señora mia,
aunque antes rencillas hubo,
con España siempre tuvo
estremada simpatía.

Os lo juro por quien soy;
la respeta como á igual,
y su cariño ya es tal
que cuando en mi corte estoy
de la vuestra hablar escucho
con esa noble jactancia...

Marquesa. Ah!... sí, ya sé que á la Francia
la España interesa mucho.—

Duque. Son de familia intereses
que nos conviene ligar,
pues lo quieren estorbar
esos piratas ingleses.

La alianza nos disputa
Mister Kin activo, osado,
y ya todo lo ha minado
con su política astuta.

Marquesa. Vaya que odiais por demás,
duque, á la nacion inglesa.

Duque. No me deis nada, marquesa,
con mercaderes jamás.

Marquesa. Ved que son muy poderosos.

Duque. Aun es mayor su arrogancia:
después de España ó de Francia
son los primeros colosos.

Mas si se les deja obrar,
ya vereis a los isleños
poco á poco hacerse dueños
absolutos de la mar.

En corso sus galcones
armados, apresan, huyen...

y lentamente destruyen
la escuadra de los Borbones.

Surgen como el pensamiento
sus maquiavélicas artes,

y ejercen por todas partes
un comercio fraudulento.

No cumplen pactos jamás,
y reclaman por do quiera

privilegios de bandera
sobre todas las demás.
Volved, si os place, la vista,
marquesa, á climas lejanos,
y allí los vereis ufanos
gozando de su conquista.
Los dejamos, claro está:
qué extraño es que nos superen,
y que arrebaten si quieren
la India y el Canadá?

Marquesa. Son arriesgadas empresas:
y, lograrán... eh?...

Duque. Seguro!

Marquesa. Pues están en grande apuro
las posesiones francesas.

Duque. También las de España.

Marquesa. Va!

Duque. Oh!... no lo dudeis, sí, sí.

Marquesa. Nada tiene España allí.

Duque. Pero tiene mas acá.

Y reparad que al presente
anhela la gran Bretaña
las posesiones de España
en el nuevo continente.
Por de pronto destruirá
su comercio, en cuanto cabe,
y despues, despues... quién sabe
si á conquistarlas irá?

Marquesa. Ese riesgo no lo alcanza
mi entendimiento; ¡gran Dios!
si ellos lo mismo que vos
reclaman nuestra alianza.

Duque. Pues, justamente, eso es,
nos tratan de desunir
para triunfar y lucir
sin obstáculo despues.
Mas si la Francia y España
se unieran, por vida mia,
que mas despacio se iria
entonces la Gran Bretaña.
Cruzadas nuestras banderas
al ver nuestro pabellon
la nebulosa Albion

temblaría en sus riberas.
 Y nuestra marina y tropa
 terror al mundo darían,
 y gran peso añadirían
 en la balanza de Europa.
 No sé cómo, á la verdad,
 vuestro profundo monarca,
 que tanto á la vez abarca,
 no admite nuestra amistad.
 Marquesa, si como el sol
 está claro...

Marquesa. Oh!... por supuesto;
 pero el rey Fernando el sexto,
 amigo, es muy español.

Duque. Si alguna bella española
 su real ánimo inclinára...
 tal vez con esto bastára?..

Marquesa. Y, quién sospechais?...

Duque. Vos sola.

Marquesa. Yo tan supremos poderes!
 Duque, estais equivocado:
 si en el consejo de Estado
 no admiten á las mujeres.
 Es cierto que me oye el rey
 con estremada bondad;
 mas, con él, mi voluntad
 no tiene fuerza de ley...
 Mi buen humor le entretiene,
 y hasta consultar le place
 mi opinion, y... siempre hace...
 lo que mas cuenta le tiene.

Duque. No obstante, vuestra valia...
 (El portero anuncia desde la puerta á)
 Mister Kin.

Duque. Visita?...

Marquesa. Oh! — Si;

suele venir por aquí
 á comer tal ó cual día.

Duque. Desconfiad, sed severa
 con él...

Marquesa. Y, con qué pretesto?

Duque. (Maldito inglés!... hasta en esto
 me gana la delantera.)

Marquesa. Severa? libreme Dios!
 en mí fuera cosa estraña...
 pues si ama á la pobre España
 con tanto afan como vos.

Duque. Si; para hácernos la guerra...
 (Al presentarse Keen, se separa el duque de la marquesa,
 y aquel dice desde la puerta.)

ESCENA IV.

LA MARQUEÑA. KEEN. EL DUQUE.

Keen. Me vuelvo... si es de importancia.

Marquesa. No!...

Keen. Dios proteja á la Francia.

Duque. Qué Dios salve á la Inglaterra.

Keen. Dudé de hallaros acá,
 mas de ello me convencí
 cuando vuestro coche vi
 á la puerta...

Duque. Claro está.

Y alguno ahora cual vos
 al ver el vuestro y el mio,
 decir podrá á su albedrio
 que estamos aquí los dos.

Marquesa. Cierito; mas, por de contado,
 dirá la gente que pasa
 al verlos que en esta casa
 vive el ministro de Estado.

Keen y Duque. Ja!... ja!... ja!...

Marquesa. Pues no?... señores,

qué otra posada, decid,
 se ha visto honrada en Madrid
 con tantos embajadores?
 Si la Europa en este dia
 aquí nos viera reunidos,
 y á la vez tan divertidos,
 qué os parece que diria?

Keen. No hay que dudar...

Marquesa. Sin tardanza

se armarian los Estados
 temiendo los resultados
 de nuestra triple alianza.

Keen. Aun cuando fuera de dos,

- le daríamos que hacer.
- Marquesa.* De ese mismo parecer es el duque...
- Duque.* Si, por Dios.
- Keen.* Hola!... Duque, también esa?
- Duque.* (Pierdo el tiempo, ya lo veo.)
Lo dije porque lo creo...
y... (Saludando.) Tengo el honor, marquesa...
- Marquesa.* Os vais?...
- Duque.* Si.
- Marquesa.* Tan de improviso?
Y, vais a dejar a España
a solas con la Bretaña?
- Duque.* (Aprovecharé el aviso.)
No os molesto?...
- Marquesa.* De qué modo
os pudisteis figurar?...
- Duque.* Kin tal vez os irá a hablar...
- Keen.* Ya lo tengo dicho todo.
- Duque.* De esa manera prometo...
- Keen.* Acepto vuestra promesa,
porque hablo con la marquesa
pocas veces en secreto.
- Duque.* Pues yo siempre con testigos...
- Keen.* Yo también, es singular...
- Marquesa.* (Oh! si pudiera enzarzar
a nuestros caros amigos!...)
Con que concluyó la guerra,
nuestra sangrienta demanda,
allá en Italia y Holanda?...
- Duque.* A pesar de la Inglaterra...
- Keen.* Cómo!... Duque, tal maldad
en nosotros supondreis?
- Duque.* Y vos, Kin, me negareis
que lo dicho es la verdad?
- Marquesa.* (Presumo que he conseguido...)
- Duque.* Quién sino vuestra nación
en la comun disensión
ha sacado mas partido?
Apresamientos navales,
venta de armas y pertrechos...
Mister Kin, estos son hechos
efectivos y reales.

- Keen.* Pero eso no es alargar de modo alguno la guerra; el comercio de Inglaterra es libre por tierra y mar.
- Duque.* Si, sí; mas la gran Bretaña cuando Aquisgran acudió, por cierto no se mostró muy galante con la España.
- Keen.* No estuve en la conferencia...
- Duque.* Se pedía en los tratados ceder entre otros ducados los de Parma y de Plasencia para el infante de España don Felipe de Borbon.
- Keen.* Bien; y, esa negociacion acaso, duque, os estraña?
- Duque.* Francia obró con mas cautela, mas su intencion dejó ver...
- Keen.* Y cuál?
- Duque.* Cuál? la de ejercer de esta nacion la tutela.
- Marquesa.* Ja!... ja!...
- Duque.* Aspira á su amistad.
- Keen.* Y á su ejército y armada.
- Duque.* Kin!
- Keen.* Duque!
- Marquesa.* Señores!
- Duque.* Nada...
- Keen.* Teneis razon, es la verdad... Lo veis? sin pensar en ello, los dos ya... cuánto me pesa! Y bien, mañana, marquesa, vais al baile de Santello?
- Marquesa.* Nada hasta ahora me han dicho... Supongo que ireis los dos.
- Keen.* No faltare!...
- Duque.* Si vais vos...
- Marquesa.* Gracias... ja!... ja!... qué capricho!
- Keen.* Pero aqui, señora mia, nos estamos muy despacio, y vos ireis á palacio...
- Marquesa.* Es temprano todavia.
- Keen.* No obstante... Duque, os venis?

Duque. Si; Mister Kin, no temais...

Keen. Yo!...

Marquesa. Iguales los dos quedais

si juntos los dos salis...

(Saludan. El duque llega antes á la puerta que Mr. Keen, y este al ver que va á salir le detiene por el brazo.)

Keen. Tened, que es mucha arrogancia delante de mí pasar.

Duque. Este, Kin, es el lugar que ocupa siempre la Francia.

Keen. Por San Jorge!..

Marquesa. *(Dirigiéndose á la otra puerta del fondo, que abre de par en par.)* Bien, la guerra

vais á romper desde ahí?

Vaya Francia por allí,

y por aquí la Inglaterra.

Y adviertan bien por su vida la Francia y la Gran Bretaña,

que en esta tierra de España

hay para todo salida.

(Vanse los dos, cada uno por distinta puerta.)

ESCENA V.

LA MARQUESA.

La broma ha sido completa;

gracias que pude sufrir...

pero... á quién no hará reír

su ridícula etiqueta?

Los dos esconden fatales

proyectos, y disimulan,

y me obsequian, y me adulan,

y... dejo á los dos iguales!

Qué! capaz me juzgais... ¿hola?

de abusar de mi influencia

para hollar la independéncia

de la nacion española?

Habreis dicho, sin dudar,

adulemos su poder,

porque ella al cabo es mujer

y fácil de alucinar...

La errásteis, pobres rivales,

si me juzgásteis así;

que son las hembras aquí
antes que todo... leales.
(*El portero anuncia á*)
El conde del Valle.

Marquesa. Va!...
me alegro de su llegada,
que estoy por cierto cansada
de la política ya...

ESCENA VI.

LA MARQUESA. EL CONDE.

Conde. Oh!... reina de mi albedrío.

Marquesa. Adios, conde: qué decis?
á convidarme venis
á nombre de vuestro tío?

Conde. No, marquesa...

Marquesa. Bien está...

Conde. Para que le honreis, despues
mi tío el noble marqués
personalmente vendrá.

Marquesa. Yo, señora, solo á veros
antes que nadie he venido...
Pues hoy os habeis dormido;
no sereis de los primeros.

Conde. Teneis razon, al entrar
he visto salir á Kio...
Y bien, marquesa, por fin
os dignareis cooperar?...

Marquesa. No hableis de eso, os lo suplico:
en conspirar habeis dado...
y en ir estais empeñado
á Ceuta ó á Puerto-Rico.

Conde. Como!... señora, es posible
que tal consintierais vos?

Marquesa. Sí, Ricardo; sí, por Dios,
porque sois incorregible.
Y estoy empeñada en ello
ya que me hicisteis errar
cuando logré levantar
el destierro de Santello.

Conde. Y, os pesa?

Marquesa. Sí.

- Conde.* Teneis queja?...
- Marquesa.* Tambien; pues por lo que veo
obrais segun su deseo
y á su capricho os maneja.
Y mirad que están fundadas
las dudas que he concebido...
- Conde.* No...
- Marquesa.* Sí, desde que ha venido
habeis vuelto á las andadas.
Pensais que á mí se me oculta
lo que Santello pretende?
Nada de eso: ya se entiendo
que solo su bien consulta.
Anhela por horas ver
de Inglaterra aquí la huella,
y con el apoyo de ella
subir despues al poder.
- Conde.* Marquesa, cómo, ó por dónde
os pudisteis figurar?...
- Marquesa.* Sospecho...
- Conde.* No; es delirar...
- Marquesa.* Dejémoslo al tiempo, conde.
Pero si llego, por Dios,
su oculto objeto á entrever,
al destierro ha de volver...
acompañado de vos.
- Conde.* Estais hoy como jamás...
Marquesa, será preciso...
- Marquesa.* Esto, conde, es un aviso...
- Conde.* Va!...
- Marquesa.* No hablemos de ello mas.
- Conde.* (Qué peregrino sermon!
Está enojada... y, por qué?)
- Marquesa.* Con que os casais?
- Conde.* (Ah! ya sé...
está visto, celos son.)
Mi tio quiere en herencia
legarme á Clara y sus titulos...
mas si firmo los capitulos
será con vuestra licencia.
- Marquesa.* Mi licencia! id y firmad...
ya la teneis; yo negarla?
- Conde.* No quisiera yo alcanzarla

- con tanta facilidad.
- Marquesa.* Y, por qué? Vaisme á exigir que de otro modo me porte? No veis que entonce en la corte dariamos que decir?
- Conde.* Ah! sí, sí; teneis razon: marquesa, á todo me allano; será de Clara mi mano y vuestro mi corazon.
- Marquesa.* Amigo, oferta tan bella bien la quisiera aceptar; pero... podeis conservar uno y otro para ella.
- Conde.* Qué es esto? Quereis romper por todo? No os ofendi...
- Marquesa.* Es que satisfago así mi vanidad de mujer.
- Conde.* No es eso; quien tal responde lleva su plan embozado... decid que os habeis cansado de los obsequios del conde. Que otro mas feliz doncel cautiva ese corazon, y os valeis de esta ocasion para deshaceros de él.
- Marquesa.* Todo eso pensais de mí?
- Conde.* Nada ignoro, no os asombre, sé que dais entrada á un hombre, con grande misterio, aquí.
- Marquesa.* Misterio!
- Conde.* Ved si me quejo...
- Marquesa.* Con él no ha entrado jamás; es un jóven nada mas á quien estimo y protejo. Y, os dá celos? Bien por Dios! y... ahora me haceis caer en que puede sostener la comparacion con vos. Y con ventaja, ardimiento y nobleza, y gallardía... todo esto tiene, á fé mia, y sobre todo... talento.
- Conde.* És decir que yo...

- Marquesa.* No tal,
solo esto es hacerlos ver
que acaso podeis tener
un formidable rival.
- Conde.* Si ya estais tan preocupada
y en su favor prevenida...
fácil será mi caída...
Qué decís?
- Marquesa.* No digo nada.
- Conde.* Nada, marquesa?
- Marquesa.* Así es.
- Conde.* Con que... talento?...
Marquesa. Cabal.
- Conde.* Y de fortuna?
- Marquesa.* Tal cual.
- Conde.* Cuándo he de verlo?
- Marquesa.* Despues.
- Conde.* Vendrá pronto?
- Marquesa.* Qué sé yo!
- Conde.* Adónde concurre?
- Marquesa.* Aquí.
- Conde.* Y, yo le conozco?
- Marquesa.* Oh! sí.
- Conde.* Decidme su nombre...
Marquesa. Oh! no.
- Conde.* Por qué le ocultais?
- Marquesa.* Por qué?
- Conde.* Temeis que yo?...
Marquesa. Nada temo.
- Conde.* El os ama?
- Marquesa.* Y con estremo.
- Conde.* Y tambien vos?...
- Marquesa.* Yo no sé.
- Conde.* Que no lo sabeis...
Marquesa. Aun no.
- Conde.* Pues no lo entiendo.
Marquesa. Yo sí.
- Conde.* Pero, en quién consiste?
Marquesa. En mí.
- Conde.* Pero, quién me esplica?...
- Marquesa.* Yo.
- Conde.* Enojada estais?
- Marquesa.* Ja! ja!

Conde. Conmigo tal vez?
Marquesa. Un poco...
Conde. Serán celos?
Marquesa. Estais loco?
Conde. Pues qué es cello?
Marquesa. Ello dirá.
Conde. Me aturdis; me enloqueceis...
 no teneis, ¡viven los cielos!
 ni á él amor, ni de mí celos...
 Pues entonces, qué teneis?
 Explicádmelo, por Dios,
 cumpliendo vuestra promesa...
 pero entre tanto, marquesa,
 firmemos la paz los dos.
 Que es muy triste, á la verdad,
 mirar un rostro tan bello
 así...

(*El portero anuncia á*)

El marqués de Santello.

Conde. Mi tío! Disimulado...
 porque no nos tiene cuenta
 que el marqués llegue á saber...
 cuando esto nunca ha de ser
 mas que una breve tormenta.
Marquesa. Descuidad, que no sabrá...
Conde. Con quién viene? Oigo murmullo...
 (Está picado su orgullo...
 pero ella se amansará.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA. CLARA. DON DIEGO. EL CONDE.

Marquesa. Santello!... Clara también?
Diego. Con instancia me ha pedido
 veros, y la he complacido.
Marquesa. Oh!... y habeis hecho muy bien.
Diego. Venid, sentaos á mi lado... (*Se sientan juntos.*)
 Viene á daros, según creo,
 gracias por el alto empleo
 que en palacio le habeis dado.
Marquesa. Por tan poco? no, jamás;
 me importa vuestra ventura:
 por nobleza y hermosura

vos, Clara, mereceis mas.

(Don Diego se reúne con el conde, que estará á cierta distancia de las señoras.)

Clara. Pero es de aprecio tal muestra,
que guardaré siempre aquí;
no por lo que ello es en sí,
sino porque es cosa vuestra. (Siguen aparte.)
Has visto á Kin? (Bajo al conde.)

A la entrada.

Diego.
Conde.
Diego.
Conde.

Y, qué tal?

Hasta ahora, bien.

Diego.
Conde.

Habló con ella?

Tambien.

Diego.
Conde.

Y, qué ha conseguido?

Nada.

Diego.
Marquesa.

Al toque de la oracion...

(Continúan hablando aparte.)

A la reina he complacido,
pues me ha dicho que he tenido
con vos muy buena eleccion.

Ya sois camarista, Clara;
por amiga me teneis;
y á mucho aspirar debeis
sino es vuestra suerte avara.
Entre tanto, pues ya es moda,
ese empleo, bueno ó malo,
aceptad como regalo
de vuestra próxima boda.

Clara.
Marquesa.

Ah!...

Suspirais?

Clara.
Marquesa.

Sí, marquesa...

para qué os lo he de negar?

Marquesa.
Clara.

Por qué?... me haceis sospechar...
hablad, porque me interesa
vuestra fortuna...

Clara.
Marquesa.

Por Dios!

si nos oyen desde allí...

Marquesa.
Clara.

Están distraidos, si,
y á gran distancia los dos.
Nada temais...

Clara.
Marquesa.

Ah, señora!

vos que todo lo podeis
y tanto me protejeis...

- Marquesa.* salvadme por Dios ahora!
De qué riesgo estais cercada?
Tened confianza en mí...
tal vez ese enlace?..
- Clara.* Si,
va á hacerme muy desgraciada.
- Marquesa.* Calmad vuestra agitacion...
Acaso algun otro empeño?...
- Clara.* Lo acertasteis.
- Marquesa.* Otro dueño
tiene vuestro corazon?
- Clara.* Tres años há...
- Marquesa.* Y por fortuna
es digno de vos?
- Clara.* Señora,
vo solo sé que me adora...
- Marquesa.* Pero, es humilde su cuna?
- Clara.* Mi padre es de esa opinion;
mas no es tanta su bajeza;
pues si no heredó nobleza...
la tiene en el corazon.
- Diego.* (*Bajo al conde.*) El ministro á no dudar
firmará el proyecto mio,
y entonces...
- Conde.* Silencio, tio;
no demos que sospechar...
- Marquesa.* Descuidad.
- Clara.* Ah!
- Marquesa.* Que no suene...
Entendeis?
- Clara.* Contad con ello...
- Marquesa.* Aqui se acerca Santello...
el disimulo conviene.
Marqués, sois poco galante.
Y por qué?
- Diego.* Porque parece
que solo el conde merece
vuestra atencion... adelante.
- Marquesa.* Oh! no, porque justa fuera
entonce esa observacion...
Para llevar mi atencion
sereis siempre la primera.
Mas cuando juntas se ven

dos jóvenes, de una edad,
aprecian la libertad...
y por eso...

Marquesa. Bien, muy bien
sabeis desfacer entuertos.
Ah marqués! como ninguno
teneis el don oportuno
de enmendar los desaciertos.

Diego. Antes que, juzgando así,
por desacierto lo deis...
os suplico que me honreis
mañana...

Marquesa. Mañana!

Diego. Sí
A mi hija Clara, señora,
festejar tengo pensado,
y verla quisiera al lado
de su ilustre protectora.

Marquesa. Don Diego, no faltaré:
ya que es Clara, y con razon,
la reina de la funcion,
á honrarme con ella iré.

Diego. Tal favor...

Marquesa. También á allí,
pues que no os lo he presentado,
me acompañará mi ahijado...

Diego. Ahijado?...

Conde. Y, quién?...

(Zenon aparece en una de las puertas del fondo.)

Marquesa. Hélo aquí.

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. CLARA. ZENON. DON DIEGO. EL CONDE.

Clara. (Cielos!)

Diego. (Será esto verdad?)

Conde. (Y sin anunciarse entró...)

Marquesa. Nombrándoos estaba yo...
llegad, amigo, llegad.
Permitidme que os presente
á Zenon Somodevilla,
recienvenido á esta villa,
mi protegido y pariente.

Diego y Conde. Pariente!

Clara. (Con alegría.) (Qué escucho!...)

Zenon. Pues...

su pariente.

Diego. Quién creyera

que á tan elevada esfera...

Zenon. Ahí vereis, señor marqués.

Conde. Yo os he visto y no sé dónde...

Zenon. En la Rioja...

Conde. Ah!... si por Dios...

quién me dijera que vos?...

Zenon. Pues ahí vereis, señor conde.

Marquesa. Con que sois, por lo que veo, antiguos conocidos?...

Diego. (Con embarazo.) Sí...

allá en su pueblo le vi...

y á su padre...

Zenon. Bien lo creo.

Como que solo el marqués en su desgracia halló abiertas de aquella casa la puertas sin dolo y sin interés.

Allí durante tres años... tres fueron, hora tras hora llorando estuvo, señora, del mundo los desengaños.

Y allí en ese tiempo... va! hasta honró mi pobre mesa... figuraos, noble marquesa, si á mi me conocerá.

Diego. Con efecto...

Conde. (Qué risita!...)

Marquesa. (Qué sospecha!...)

Zenon. Ya lo veis...

Marquesa. Y también conoceréis á esta bella señorita?

Zenon. Oh!... si...

Marquesa. (A Clara.) Por qué os sonrojais? Y vos, mi noble pariente, cómo al verla, diligente á saludarla no vais?

Zenon. No lo estrañeis, pues temia que con el tiempo pasado

tal vez se hubiese olvidado
la humilde persona mía.
(*Acercándose á Clara.*) Pero tan bella ocasion
aprovecharé en verdad.
Señorita... perdonad...

Marquesa. (Los vende esa turbacion.)

Zenon. (*Bajo.*) (Esta noche...)

Marquesa. (Hola! secreto?)

Clara. (*Bajo.*) Que nos observan ahora!...

Zenon. (*Alto.*) Esta es la espresion, señora,
de mi profundo respeto.

Conde. (*A don Diego.*) Vámonos...

Marquesa. Y, qué hora es?

Zenon. La misma en que acostumbrais
ir á palacio.

Marquesa. (*A Clara, Diego y el conde, que se disponen
para marchar.*) Ya os vais?...

Diego. (*Saludando.*) Sí señora...

Marquesa. Adios, 'marqués.

Clara...

Diego. Quedaos...

Marquesa. Hasta allí...

Conde. (*A Zenon.*) Os quedais vos?

Zenon. Claro está.

Conde. Pues, no veis que á salir va?

Zenon. (*Sentándose.*) Pues señor, me quedo aquí.

Conde. Como gustéis... (*Aparte y retirándose.*)

« Qué altanero

y ufano porque le he dicho...

(*Al pasar por el lado de la marquesa.*)

Será un ligero capricho...

eh?...

Marquesa. Quién sabe? (*Saludando.*) Caballero...

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ZENON.

Marquesa. Se fueron ya; qué fortuna!
esta gente no me deja...
Teneis de ella alguna queja?
me parece que...

Zenon. Ninguna...

- Marquesa.* Ninguna?... mirad que yo...
Zenon. Sí, quejas que se olvidaron:
mi amor propio rebajaron
una vez... mas ya pasó.
- Marquesa.* Y eso os llegó á suceder
porque á Clara... estando allí...
Zenon. Quién os ha dicho!...
Marquesa. (Él es, sí...)
- Son cosas que una mujer
suele al punto adivinar...
Vamos, y, en tal situacion,
decid bajo confesion,
pensais ó no renunciar...
Zenon. Les quisiera devolver
el ultraje que me hicieron...
allí en poco me tuvieron...
Marquesa. En mucho os han de tener.
Zenon. Que no me insulten jamás
con su soberbia, señora;
á esto solo aspiro ahora.
- Marquesa.* Y á nada mas?
Zenon. Nada mas.
Marquesa. Yo el camino os abriré
para que halleis cara á cara
al padre de doña Clara;
(mas de ella te apartaré.)
- Zenon.* Ah!...
Marquesa. Pero calmad mi afan:
va sabeis que en fierá guerra
hoy la Francia y la Inglaterra
por nuestra alianza están.—
- Zenon.* Y, qué importa que lo estén?
Marquesa. Oh!... sí; por cuál estais vos?
Zenon. Por ninguna de las dos.
Marquesa. Somodevilla, muy bien:
me agrada, viven los cielos,
lo que acabais de decir:
tan alto habeis de subir
que hásta al monarca deis celos.
- Zenon.* Marquesa!... dudando estoy...
Marquesa. Pues no tengais duda alguna,
que vuestro brilló y fortuna

van á empezar desde hoy.—
Y para que se disipe
vuestro asombro... os han nombrado...
Qué?

Zenon.
Marquesa.

Secretario privado
del infante don Felipe.

Zenon. Tan grande merced... ay Dios!...

Marquesa. A Italia con él ireis...

Zenon. A Italia?...

Marquesa. Sí; qué teneis?...

Zenon. Que en España os quedais vos...

Marquesa. Y os pesa el que quede aquí
vuestra amiga y protectora?

Zenon. Podeis dudarle, señora?

Marquesa. Pues no estareis mucho allí.

Zenon. Ah! qué habeis dicho!

Marquesa. No sé...

Adios; buscadme en palacio,
que allí hablaremos despacio
y al rey os presentaré.

Zenon. Mas... perdonad mi porfia...

Marquesa. Estarde... ya hallareis modo... (*Retirándose.*)
(Si á mi me lo debe todo...
la victoria será mia.)

ESCENA X.

ZENON.

De esperanza tales nuevas?...
es cierto que las oí?...
hombres... amor... Oh!... sí!
Fortuna!... adónde me llevas?
Lánzate audaz sobre el viento,
mi pensamiento te sigue...
no temas, no, que fatigue
tu vuelo mi pensamiento.
Tras de él iré temerario...
Temed, Santello, desde hoy,
que ya por de pronto soy
de un príncipe secretario.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAS.

LA MARQUESA.
CLARA.
D. ZENON.
D. DIEGO.
EL CONDE.

MR. KEEN.
EL DUQUE.
DOS UGIERES.
CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º
CORTESANOS.

Salon en el palacio real de Madrid. Al frente una espaciosa galería izquierda arriba, una puerta secreta, y mas al centro la de la cámara del rey: á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO. MR. KEEN.

Keen. Qué solitaria está hoy
la ante-cámara real.
Diego. Aun es temprano...
Keen. Las once.
Diego. En breve se llenarán
salones y galerías
de caballeros.
Keen. Tal cual;
con eso, señor marqués,
tendremos con quien hablar.
Diego. A hablar nos está brindando,
buen Kin; esta soledad.
Keen. No tanto como os parece;
aquí conviene callar.
Diego. Por qué?

Keen. Porque en los palacios
las paredes oyen...

Diego. Bah!
eso será en vuestra tierra,
pero en España, jamás.

Keen. Sin esposicion podemos?...

Diego. Con toda seguridad;
conozco bien estos sitios
para que pueda dudar...

Keen. Y bien...

Diego. Y bien, qué tenemos?

Keen. Embrollos cada vez mas;
el horizonte político
cargado de sombra está,
y para arrollar las nubes
que se agolpan sin cesar,
necesitamos los dos
de mucha sagacidad.

Veremos... y, qué os ha dicho
el ministro Carvajal?

Diego. Me acepta por compañero,
y hoy al rey me propondrá
para darme la cartera
de la hacienda universal.

Keen. Y, sabéis, señor don Diego,
si bien decidido está
a apoyar las pretensiones
de Inglaterra?

Diego. A la verdad
que no os puedo en este asunto
cumplida respuesta dar.

El ministro todavía...

Keen. Qué?

Diego. Permanece neutral;
pero desde luego, Kin,
bien os puedo asegurar
que al gabinete francés
profesa un odio mortal.
Al inglés por su familia
está inclinado algo mas...
y ya veis, si yo despues
subo al poder...

Keen.

Claro está,
daremos fin á la empresa
con toda felicidad.

Ya sabeis hasta qué punto
conmigo podeis contar,
y además lo agradecida
que Inglaterra os quedará.
Mas, no temeis que la Francia
dé en tierra con nuestro plan?
Maldita Francia.

Diego.

Keen.

Maldita!

Diego.

no cesa de trabajar...
Es fuerza que confesemos
que ese duque ó Satanás
es travieso como él solo,
muy entendido y sagaz.

Keen.

No tanto, señor marqués,
como vos os figurais:
no es todo cosecha suya...
harto le ayudan de allá...
y para entenderle el juego
no hay mucha dificultad.

Diego.

No obstante, mirad que es vasto
lo que pretende abrazar.
Intrigando sus agentes
ora en Nápoles están,
para enemistar á España
con aquel reino; además
al de Parma y de Plasencia
tambien quieren malquistar.

Keen.

Y, qué importa? Esos manejos
hoy vuestro rey los sabrá,
y verá que la conducta
de Inglaterra es mas leal.
La enemistad del de Nápoles
tal vez la conseguirán;
mas no temais que se altere,
marqués, por eso la paz.
Por lo que hace al de Plasencia...
Somodevilla está allá,
y él sabrá como está aquí
los proyectos derribar

- de los agentes de Francia.
Diego. Mister Kin, os engañais;
 Somodevilla ha venido.
Keen. Somodevilla aquí está?
 y desde cuándo, sabéis?
Diego. Sí; me acaban de informar
 que entró en Madrid con la posta
 hará tres horas lo mas.
 Con grande prisa ha llegado.
 Y con sigilo.
Keen. Es verdad.
Diego. Como es que deja al infante?
Keen. le manda el rey á llamar?
Diego. Quién sabe... algunos servicios
 ha prestado ese rapaz,
 y tal vez querrá en la corte
 premiarle su magestad.
Keen. Oh! y con justicia: sabéis
 que es un mozo muy cabal,
 muy despejado y muy diestro...
Diego. No es lerdo; pero... le dan
 mas realce del que tiene
 su mérito, desde acá.
Keen. Marqués, os inspira celos?
Diego. A mi? podéislo pensar?
 Es pequeño, y por ahora
 no temo rivalidad...
Keen. No obstante, ese caballero
 bien veis que en camino esta
 de alcanzar un porvenir
 de gloria y prosperidad.
Diego. Insolente es su fortuna.
Keen. Yo pienso que convendrá
 tenerle de nuestra parte.
Diego. Lo que conviene es cortar
 con mucho tino las alas
 de ese astuto gavilan.
Keen. Qué daño nos puede hacer?
Diego. Por ahora ni bien ni mal;
 mas adelante pudiera
 su influjo contrarestar...
 De la marquesa es hechura.

Keen.

y es aun mas que ella neutral.
Don Diego, mejor seria
que fuéramos mas allá:
la marquesa es un obstáculo
que no he podido allanar,
y á todo trance ya es fuerza
que pensemos... eh?

Diego.

Cabal;

Keen.

ese es mi sueño.

Diego.

Keen.

Una intriga
es muy fácil de inventar...
ya sabeis que en estos casos
cualquiera intriga es legal.
Y aqui de suma importancia.
Con el rey quisiera hablar...
pero aun no es hora; despues,
yo os ofrezco que...

(Aparece por la derecha del fondo el duque, y al verlos
se retira por la izquierda.)

Diego.

Callad!

Keen.

Le habeis visto?

Diego.

Keen.

Y se recata
de nosotros...

Diego.

Keen.

Diego.

Dónde irá?
Aqui venia, y sin duda
por no dar que sospechar...
voy á seguirle la pista...
Yo á ver á Clara, que está
hoy de guardia en la real cámara.
Astucia.

Sagacidad.

(Vanse. Keen observa por la izquierda del fondo y se
oculta por la derecha.— Don Diego entra en la cámara
de la reina, y sale la marquesa por la puerta secreta.)

ESCENA II,

LA MARQUESA.

Pobre gente! ellos ignoran
que sin tregua ni descanso
en todo lo que maquinan

les voy siguiendo los pasos...
 Buena astucia es la que gastan
 esos tristes diplomáticos...
 á quién no parecerán
 mas que astutos, mentecatos?
 Muy bien, marqués de Santello;
 sois en todo un cortesano,
 en lo fiel y agradecido,
 en lo español y en lo honrado.
 Y ese perro de estrangero
 que aqui de amigo embozado
 el volcan de las pasiones
 está sin cesar soplando!...
 Veremos quién en la lucha
 se tiende mejor el lazo...
 Oh!... todo lo he de intentar
 hasta que logro espantarlos.
 Ugieres!

(Ábrense las puertas de la derecha é izquierda, y sale por cada una un ugier.)

ESCENA III.

LA MARQUESA. DOS UGIERES.

Los dos.

Señora...

Marquesa.

Oid.

(Al de la derecha.)

No deis á ninguno paso
 hasta la hora de la audiencia.

Ugier.

Muy bien. *(Se retira cerrando la puerta.)*

Marquesa.

(Al de la izquierda.) Lo mismo os encargo:
 á ninguno; lo entendeis?
 solo queda esceptuado
 un caballero...

Ugier.

Su nombre?

Marquesa.

Somodevilla, acordaos.
 Vamos á ver al monarca
 y sepa lo que hace al caso.

(Vase por la izquierda seguida del ugier, que cierra la puerta.)

ESCENA IV.

EL DUQUE. *Después KEEN.*

- Duque.* (*Reconociendo la escena.*)
 Hola!... parece que ya
 el puesto han desocupado.—
 Algo Kin y el de Santello
 estaban aquí tramando...
 (*Aparece Keen observándole desde el fondo.*)
 No importa, los dos me evitan
 y me hacen dueño del campo.
 (*Dirigiéndose á la cámara de la reina.*)
 Oh!... si logro que la reina
 me escuche á solas un rato...
Keen. (*Dirigiéndose á la cámara del rey.*)
 (El á la reina?... yo al rey.—)
 (*Abriendo la mampara de la derecha.*)
Duque. Fortuna, dame tu amparo.
Ugier. (*A la derecha.*) Su magestad no recibe
 hasta las doce.
Duque. (*Volviendo á cerrar la mampara.*)
 Bien.
Keen. (*Mirándole y riéndose.*) Bravo!
Duque. Aquí vos!
Keen. (*Abriendo la de la izquierda.*)
 Hasta las doce.
Ugier. (*De la izquierda.*) El rey está despachando.
 (*Cierra el ugier quedándose en la escena.*)
Duque. (*Riéndose.*) Magnífico!
Keen. (*Lo mismo.*) Hacedis muy bien;
 iguales hemos quedado.
Duque. Me parece, amigo Kin,
 que esto marcha muy despacio.
Keen. Con efecto, amigo duque,
 no es esto lo que pensabamos.
Duque. Hacedis visto qué desaire?...
Keen. Desaire decís?... no alcanzo...
Duque. Nos han negado la entrada.
Keen. No nos hemos presentado
 en la cámara real
 con carácter de enviados,

sino cual particulares...
y nada tiene de extraño...

Duque.
Keen. A todo encontráis disculpa.
Y, qué queréis? menos malo:
yo tengo mucha paciencia...

Duque.
Keen. Bien de ella necesitamos.
Si? pues qué... vuestros negocios
están en tan mal estado?

Duque. Sobre poco mas ó menos
como los vuestros.

Keen. Qué diablos!
pues entonces no os quejeis...
Duque. Que no me queje?...
Keen.

Duque. Está claro.

Keen. Acaso, habeis conseguido?...
Duque. No mucho; mas siempre es algo.

Keen. (Con interés.) Algo!... y bien, no me diréis?

Duque. Señor duque, sois muy cándido.

Keen. Teneis razon, Mister Kir:
me olvidaba preguntándoos,
de que vos en este punto
sois el hombre menos franco
que he conocido.

Keen. Oh!... pues vos
tambien sabeis manejaros.

Con ese aspecto inocente
y ese ademan estudiado,
os vais derecho al asunto
con firme y seguro paso.

Duque. Me concedéis un instante
que, sin modestia, os rechazo.

Supongo que hasta ahora vos
si habeis conseguido algo,
como há poco me dijisteis,
habrán sido desengaños...

Keen. Hay de todo, señor duque,
aunque es fuerza confesarlo;
esta gente no se deja
engañar...

Duque. Ved ahí lo malo
de vuestra causa.

Keen. No veo...

*Duque.**Keen.*

Su bandera es el engaño...
Ja!... ja!... que sois divertido
y como nunca hoy os hallo...

Pues, cuál es la de la vuestra?
Imparcialidad!... veamos...

*Duque.**Keen.*

La del cariño... queremos
volver á anudar los lazos...

Oh!... sí, sí, los lazos que unen
al señor con el esclavo.

Duque.

(Aparecen en el fondo varios caballeros, y entre ellos el conde.)

Keen.

Silencio!

ved aquí á los cortesanos
que vienen como nosotros
a adular al rey Fernando.

Duque.

Hola! y al conde del Valle
entre ellos á ver alcanzo...
vuestro instrumento político...

Keen.

Ps!... no es mas que un pobre diablo. —

ESCENA V.

KEEN. EL DUQUE. EL CONDE. CABALLEROS.

*Conde.**(A los caballeros.)*

Mirad qué unidos están...
qué!... si son los diplomáticos
gente muy rara...

(Acercándose á los embajadores.)

Señores...

Keen.

Adios, conde.

Duque.

Bien llegado.

Conde.

Mucho me place, á fé mia,
en este sitio encontraros,
mano á mano divertidos
como buenos aliados.

Keen.

Una tregua momentánea
entre los dos se ha pactado...

Conde.

Perfectamente, señores;
huenó es empezar por algo...

Duque.

No sabeis que á Mister Kín

hoy la entrada le han negado
en la cámara del rey?

Qué decis!

Es muy exacto:
y al duque en la de la reina.

También á vos!... mas... ya caigo:
no habreis venido en el nombre
de vuestros reyes... y acaso...

Eso mismo ha sucedido.

Pues no debeis de estrañarlo;
por la etiqueta... y se observa
con tal rigor en palacio

que acaso no tendrá igual
en los de Europa... otro tanto
á los demás nos sucede...

ninguno habra tan osado
que mientras estén cerradas
las puertas de ese santuario

se atreva á comparecer
delante del soberano.

Qué quereis? en esta tierra
el uso ya ha sancionado...

(*Siguen aparte.*)

Cab. 1.º No es aquel Somodevilla?

Cab. 2.º El mismo, sí.

Cab. 3.º Qué bizarro!

Cab. 1.º Y crece como la espuma...

Cab. 2.º Es lo mas afortunado...

Cab. 3.º Es que vale mas que muchos...

Cab. 1.º Aquí viene...

Cab. 2.º Sí...

Cab. 3.º Abrid paso...

(*Los caballeros se retiran á la derecha.— Aparece Zenon
en el fondo y se dirige, saludando á los que están en
la escena, hácia el ugier.*)

Conde. Qué miro!

Zenon. (*Bajo al ugier.*) Somodevilla.

(*El ugier abre la puerta, se inclina profundamente al
pasar Zenon, y le sigue cerrando aquella.*)

Duque. (*Al conde.*) Pues ahí teneis; ese ha entrado.

(*Rumor de los caballeros; estos se retiran lentamente por
el fondo en distintas direcciones.*)

Conde.

Qué!... si es lo mas inaudito,
es el ejemplar mas raro
que ha sucedido en la corte
en lo presente y pasado.

Keen.

Cuando os digo que ese mozo
á todos nos va á dar chasco...

Conde.

Imposible!... eso será...
qué sé yo!... no sé esplicarlo.

Alejémonos de aquí,
si os parece; aun es temprano,
y desde esa galeria...

Keen.

Conde, no está mal pensado,
porque aquí un triste papel
estamos representando.

Conde.

(*Al duque.*) Entre los demás podemos...

Duque.

Como gustéis...

Conde.

Vamos?

Duque.

Vamos.

ESCENA VI.

DON DIEGO. CLARA.

Diego.

Adios, Clara.

Clara.

Adios, señor.

Diego.

Ya lo sabes; á observar,
y no dejes escapar
el dicho ó gesto menor.
Esto importa á mi interés;
lo entiendes?... estoy citado
con el ministro de Estado,
y aquí volveré despues.
Entre tanto observarás
lo que la reina resuelva,
y cuando yo á verte vuelva
de todo me informarás.
Señor, tan nuevo este lance
es para mí... que no sé...
Qué?

*Clara.**Diego.*

Descuidad, que yo haré
cuanto pueda y se me alcance.
Mas temo que mi ignorancia...
No temas, ya hallarás modo...

*Clara.**Diego.*

observa bien... sobre todo
al embajador de Francia.
Tal vez, no lejos está,
y á la hora de la audiencia
para agotar su elocuencia
en la cámara entrará.
La marquesa...

Clara. Creeis vos?...
Diego. No te importa lo que creo:
ya sabes lo que deseo...
y lo que has de hacer; adios.

ESCENA VII.

CLARA.

Temblando estoy!... cuándo, cuándo
tu ambicion se extinguirá?
Oh! nunca se apagará
tu sed de honores, de mando?...
Tambien á tu Clara obligas
á entrar en tus planes?... Oh!...
Y... qué es lo que entiendo yo
de palaciegas intrigas?
Yo á la marquesa espiar?...
espiar!... yo, que... ay de mí!
solo para amar nací,
para sufrir y llorar!...

(Dirigiéndose lentamente á la cámara de la reina.)

Si la suerte se declara
en contra suya y despues...

ESCENA VIII.

ZENON. CLARA.

Zenon. *(Entreabriendo la mampara de la izquierda.)*
Un titulo de marqués!...
Gentil hombre!... *(Reparando en Clara..)*
Clara!... Clara!

Clara. Quién?... Dios mio!... vos aquí!
Zenon. Clara mia... sí, por Dios.
Me recibes con un vos...
por qué me tratas así?
Qué fué de aquella bondad
con que un tiempo tu hermosura...

Clara.

Zenon.

Clara.

Zenon.

Clara.

Zenon.

Clara.

Sois va el mismo por ventura?

Sí á fé mia...

No en verdad.

Esa duda que alimentas
desgarra mi corazon.

No, no!...

Pero, qué razon

en su apoyo me presentas?

Razones, razones pides

cuando sabes tu falsia?...

y eres tú el que me decia...

—Clara mia, no me olvides.—

Te alejaste de mi lado:

tras de una ilusion perdido,

ciego por el mundo has ido,

por todo has atropellado.

Y tu talento aplaudieron,

dijeron que era profundo...

y los aplausos del mundo

por fin te desvanecieron.

Quisiste honores y gloria...

y la gloria y los honores

mataron nuestros amores

y ocuparon tu memoria.

Y si en tu loca ambicion,

si en ese delirio ciego

de amor el ardiente fuego

guardaste en el corazon,

no fué el que vimos nacer

felices los dos un dia...

Fué el amor que te ofrecia

una opulenta mujer.

Esto ha pasado...

No, no!...

Tú embebecido gozando,

en tanto que suspirando

las horas pasaba yo...

Por Dios, tus pesares calma...

dá treguas á tu quebranto...

no ves que con ese llanto

me llenas de angustia el alma?

Cesa... nos puede infamar

Zenon.

Clara.

Zenon.

aquí una sospecha leve...
y oye, Clara, porque en breve
nos vamos á separar.

Es cierto, muy cierto, sí,
que por la ambicion llevado
tras del poder me he lanzado
con sin igual frenesí.

Tras de él mi indomable brio
horas pasó de amargura,
y di mil veces tortura
al pobre talento mio.

Y, tú no sabes por qué,
brillante luz de mis ojos,
por esta senda de abrojos
avanzo con tanta fé?

Pregúntaselo al que un dia
de mi lado te arrancó
y audaz en rostro me dió
con su poder é hidalguía.

Oh!... desde entonces juré
no reconocer igual;
busqué remedio á mi mal...
y pienso que lo encontré.

Ah!... no lo dudes, sí, sí:
esto no es un sueño vano;
pero... si tauto me afaño,
por quién es sino por tí?

Quiero, al que su alta nobleza
me ponderó, hacerle ver
que yo te puedo ofrecer
tanto amor como grandeza.

Que á la humildad de mi cuna,
nobleza le dá sus galas;
que yo cabalgo en las alas
de la fama y la fortuna;
y que mi esperanza es tal,
y tan grande lo que trazo...
que el asta ha de ser mi brazo
del pabellon nacional.

Clara.

Y acaso tanto poder
ahuyentará mi dolor?

Zenon.

Me has dicho que tengo amor

á una opulenta mujer :
 que á tu cariño bice agravios ,
 que procedí con falsia...
 mas , tú ignoras , vida mia ,
 lo que aquí mienten los labios :
 tú ignoras que entre la gente
 de que cercada aquí estás
 se dice mucho , y jamás
 se dice lo que se siente.
 Pues va en esta confusion
 cada cual á su demanda ,
 y en palacio siempre manda
 la cabeza al corazon.
 Por eso tú , bien se ve ,
 que siempre inocente has sido ,
 fácilmente habrás podido
 dudar de mi ardiente fé.
 Mas de tu seno jamás
 alteres la dulce calma ,
 porque tú , Clara del alma ,
 siempre mi idolo serás.
 Cuando te digan y veas ,
 cuanto llame tu atencion ,
 todo ello es pura ficcion ,
 nada escuches , nada creas.
 Porque aquí por varios modos
 todos van , mi dulce bien ,
 á quien mas engaña á quien...
 y yo engañar quiero á todos.

Clara.

Zenon.

Ah!
 Sí , tengo esta ambicion ;
 lo juro por mis amores !
 Quiero limpiar de traidores
 y estrangeros la nacion.

Clara.

Zenon.

Me estremeces en verdad
 con lo que intentas hacer...

De mi amor quieres tener
 completa seguridad?...

Clara.

Zenon.

Qué dices?

Que pronto estoy
 á ahuyentar nuestros pesares ,
 jurándote en los altares
 oterna fé : quieres ? hoy...

- Clara. Ah!... mi padre... tal vez ya...
habrá cesado en su empeño...
- Zenon. Aun creerá que soy pequeño;
no, no!... me despreciará.
Escucha: hoy me ves aquí,
ante tu faz soberana,
pero... yo no sé mañana
lo que podrá ser de mí.
Quieres enlazar tu suerte
con la mia?... fija un plazo,
y un secreto estrecho lazo
nos unirá hasta la muerte.
Ay Dios!
- Clara. Ay Dios!
- Zenon. Qué respondes?
- Clara. Ah!...
- Marquesa. (Dentro.) Podeis anunciar la audiencia.
- Zenon. Cielos!
- Clara. Temes su presencia?
- Zenon. (Conduciéndola a la cámara de la reina.)
Y bien?...
- Clara. (Con resolucion.) Sí.
- Zenon. Vete!
- (Entreabre la puerta, entra Clara, y al ir á cerrarla
aparece la marquesa seguida del ugier, que se va por
el fondo dejando abierta la de la izquierda.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ZENON.

- Zenon. (Asido del picaporte.) (Aquí está.)
- Marquesa. Ah!... qué haceis en esa puerta?
- Zenon. Vuestras órdenes os...
y á repetirlas aquí...
- Marquesa. (Dirigiéndose á la puerta.)
No, no... dejad que yo advierta...
- Zenon. (La va á ver... Oh!... ya pasó.)
- Marquesa. (Reconociendo el interior.)
(Nadie...) (Al ugier.) (Las doce.)
- (Abre el ugier la puerta y se retira por el fondo; pocos mo-
mentos despues va saliendo el número posible de caba-
lleros: unos entran en la cámara del rey, otros en la
de la reina, dejándose ver entre estos el embajador de

- que á mas distancia de aqui
os iba á encontrar...
- Zenon.* Oh!... no:
como os pusisteis á hablar
con el rey tan en secreto,
conociendo vuestro objeto
me alejé por no estorbar.
Mas, daros muestras ansiaba
de gratitud y de fé...
y dije aquí aguardaré,
y aquí aguardándoos estaba.
- Marquesa.* Pues podeis mudar de intento,
que á mí nada me debeis.
- Zenon.* Qué decís!
- Marquesa.* No lo sabeis?
- Zenon.* A quién?...
- Marquesa.* A vuestro talento.
- Zenon.* Marquesa! os burlais de mí?
á mi talento... quimera!
Y bien, aunque lo tuviera,
vale lo que hoy os debí?
Y, qué pruebas de él he dado
para merecer unidas
las honras tan distinguidas
con que hoy el rey me ha colmado.
Ese es un vano pretesto
que sonroja á mi humildad...
- Marquesa.* No es pretesto, es la verdad;
sois demasiado modesto.
Cuanto habeis escrito vos
sobre la hacienda y la armada,
lo ha visto el rey con marcada
satisfaccion.
- Zenon.* Mas... gran Dios!
- Marquesa.* A solas ha examinado
vuestros proyectos...
- Zenon.* Si?
- Marquesa.* Sí,
y un dia esclamar le oí...
Hé aquí un buen hombre de Estado
Buenos planes imagina!
Quién sabe si á este doctor

le deberá su esplendor
nuestra naciente marina?
Con que, amigo, ya lo veis:
vuestra duda está explicada;
no he tenido parte en nada,
todo á vos os lo debeis.
No he hecho mas que aprovechar
una ocasion oportuna;
y ha venido la fortuna
mis votos á coronar.

Zenon. Y, os parece todavia
que es poco, bella marquesa?
Quién sino vos se interesa
aquí por la suerte mia?
A no ser por vos...

Marquesa. Oh!... no...
Zenon. Entre el vulgo confundido,
el rey no hubiera sabido
que estaba en el mundo yo:
ni con tanta brevedad
se premiara mi desvelo,
ni hubiera tendido el vuelo
con tanta seguridad.

Marquesa. Empeñado estais, marqués,
en agradecerme algo.

Zenon. Si señora, cuanto valgo.—

Marquesa. Cesad... veremos despues...

Zenon. De mi gratitud os pesa?

Marquesa. Gratitud!... no agradezcais
á quien solo...

Zenon. No acabais?

Marquesa. Torpe sois.

Zenon. (Tomándole una mano.) Ah!... no, marquesa!
(Siguen hablando aparte.)

ESCENA X.

LA MARQUESA. ZENON. EL CONDE. MR. KEEN.

Keen. Eh? conde...

Conde. De qué hablarán?...

Keen. Quién sabe si esos señores...

Conde. De política...

Keen. Ó de amores:

Conde. muy engolfados están.
Oh!... yo le impondré la ley...
ya vereis cómo lo espanto...
Keen. Hareis muy bien: yo entre tanto
me voy á hablar con el rey.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA XI.

LA MARQUESA. ZENON. EL CONDE.

Conde. Os interrumpo?
Marquesa. No, conde.—
Zenon. (Bajo á la marquesa.)
De mi buena suerte espero...
Marquesa. Sí, sí; esperad, eso quiero:
porque...
Conde. (Apenas me responde...)
(Bajo á la marquesa.)
Vuestro rostro encantador
hoy cruel está conmigo
como nunca.
Marquesa. Eso es, amigo,
un favor y un disfavor.
(Bajo á Zenon.)
Lo veis?... me está interrumpiendo,
y ya no es fácil que aquí...
Conde. (Otra vez vuelve!... y de mi
mofa tal vez está haciendo...)
(Bajo.) No le queréis conceder
á vuestro rendido amante...
Marquesa. Si, señor conde, al instante...
(Bajo á Zenon.) Hoy os espero á comer,
y allí del plan con despacio...
Conde. (Reniego de su capricho...)
Señora...
Marquesa. Si, ya os he dicho...
(A Zenon.) No os esteis mucho en palacio...
Conde. (Ya tanto desden me humilla.)
(Bajo á la marquesa.) O Somodevilla, ó yo.
Marquesa. (A Zenon.) O Clara, ó yo...
Zenon. Vos.
Marquesa. (Con satisfaccion.) (Pues no!)
Conde? —
Conde. Qué?

Marquesa. (Dirigiéndose á la cámara de la reina.)
Somodevilla.—

ESCENA XII.

ZENON. EL CONDE.

- Conde. (Tan atroz desaire á mí!...
En piedra me ha transformado...)
- Zenon. (Procurando contener la risa.)
Parece que os ha picado
alguna vibora.
- Conde. Sí.
Y eso á reir os precisa?
- Zenon. Cosa del mundo... (Y, yo aguanto?...)
- Conde. Lo que á unos produce llanto
en otros produce risa.
- Zenon. Lo que decís ¡vive Dios!
mirad bien... Oh!... quién creeria
que aquí yo venir debía
para reirme de vos?
- Conde. Y, os atreveis?... Si me atrevo?...
- Zenon. Pues no lo veis?... además
que yo en esto no hago mas
que pagaros lo que os debo.
Teneis la memoria escasa?
Y, os importa?...
- Conde. Sí, par diez.
No os acordais que una vez
estuvisteis en mi casa?
Por dicha olvidar pudisteis
lo que entonces pretendia?
Teneis presente aquel dia
cuán en poco me tuvisteis?
«Lo de la boda... eh? ja! ja!»
Dijisteis á vuestro tio...
y ahora de ella y de él me rio,
y...
- Zenon. De mí?
- Conde. Pues claro está.
Yo lograré ese descaro
castigar cual corresponde.

Zenon.

Hareis mal ; porque eso , conde ,
os puede costar muy caro.

Conde.

Porque valimiento aqui
habeis logrado tener,
pensais que vuestro poder
ha de alcanzar hasta mí?

Zenon.

Vanas serán las fatigas
que por ello paseis... oh!
estoy á cubierto yo
de vuestras torpes intrigas.

Conde.

Nada , conde , no lograis
hacerme fruncir el ceño:
sois enemigo pequeño...
y en vano , en vano os cansais.
Toda la hiel que derrama
vuestra boca os la perdono...
porque es justo vuestro encono...
os he quitado la dama...

Zenon.

Callad!... ó viven los cielos ,
que si no os vais mas despacio ,
aunque estemos en palacio...

Conde.

Lo que arrebatan los celos!
Mucho presumis , por Dios ,
con vuestra fortuna loca.

Zenon.

Conde... que os pierde la boca.

Conde.

Quién sois ?

Zenon.

Tanto como vos.

Conde.

No sabeis lo que decís.

Zenon.

Oh!... sé muy bien lo que digo.

Conde.

Vos , pobre hidalgo , conmigo
igualaros presumís ?

Zenon.

Sabeis de mi estirpe ?

Conde.

No.
Es ilustre por demás ;
soy noble , entendeis ?

Zenon.

Yo mas.

Conde.

Y grande de España.

Zenon.

Y yo.

Conde.

Grande vos , y de la nada...
ayer os alzasteis ?...

Zenon.

Calle!

Conde.

Yo soy el conde del Valle.

Zenon.

Yo el marqués de la Euseñada.

(Pausa. — Aparecen por la derecha é izquierda el duque y Mr. Keen, seguidos de los caballeros que antes entraron, y se reunen en el centro de la escena. Don Diego llega por el fondo. Keen le dice breves palabras al oído y se retira. — El duque, despues de saludar á varios caballeros, hace lo mismo.)

ESCENA XIII.

ZENON. EL CONDE. KEEN. EL DUQUE. DIEGO. CABALLEROS.

Keen. (Esperanzas.)

Duque. (Ilusiones.)

Zenon. Aquí los sarcasmos queden,
pues ya veis que no me esceden
en nada vuestros blasones.
Ya salen... callemos, pues,
y si el rencor os asije
y os pesa de lo que os fije,
podeis buscarme despues.
Señores?...

Cab. 3.º Ya hemos sabido...
y os damos el parabien.

Zenon. Gracias, señor don Guillen;
acepto vuestro cumplido.
Hoy tanto su magestad
de favores me ha colmado,
que ya me encuentro abrumado
con tanta felicidad.
Del rey las bondades quiero
celebrar cual corresponde...
y el señor marqués y el conde
que vayan á honrarme espero.

Diego. Vos nos honrais por demás...

Zenon. No lo digais hasta el fin.
(Sigue aparte con los caballeros.)

Diego. (Quién sabe si del festin
para una torre saldrás?)

Zenon. Adios, amigos... eso es,
preparaos á la jarana.

(Aparte y retirándose.)

Quién sabe lo que mañana
te espera, pobre marqués!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

PERSONAS.

LA MARQUESA.
CLARA.
D. ZENON.
D. DIEGO.
MAURICIO.
EL CONDE.

MR. KEEN.
EL DUQUE.
CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º
UN LACAYO.
DAMAS.
CABALLEROS.

Habitacion del marqués de la Ensenada: puerta grande en el fondo, por la que se descubre el interior de varios salones iluminados y llenos de damas y caballeros. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO. KEEN. CABALLEROS.

- Cab. 1.º* Es preciso confesar
que Ensenada de esta hecha
á todos nos ha vencido
en lujo y magnificencia.
- Cab. 2.º* Está brillante el sarao.
- Cab. 3.º* Qué! si es una cosa nueva:
no os parece, Mister Kin?
se danza así en Inglaterra?
- Keen.* Somos poco aficionados
á dar que hacer á las piernas,
y por eso, caballeros,
será difícil que pueda
compararse esta funcion
con las que allí se celebran.
- Cab. 3.º* Oh!... ya sabemos que allí
se danza mas de cabeza;

pero confesad al menos,
si repugnancia no os cuesta,
que la gente se divierte
mucho mas en esta tierra.

Keen.

Qué duda tiene? el carácter
y las costumbres se prestan.

Cab. 3.º

Por supuesto, la alegría,
el decoro, la franqueza,
todo se halla aquí reunido,
nada mas que aquí se encuentra.
Tended la vista sino
por esas estancias regias,
y encontrareis confundidos
vistosos grupos de bellas
con los apuestos galanes
de la mas alta nobleza.

Cab. 1.º

Y, sabéis que el buen marqués
de la Ensenada se lleva
los obsequios y atenciones
de todas las damiselas?

Cab. 3.º

Hombre, eso es muy natural:
jóven, con muy buenas prendas,
galanteador como él solo...
y además es fruta nueva...

Diego.

(Mezquinos aduladores.)

Cab. 3.º

Marqués, nos causa estrañeza
no encontrar á doña Clara
entre las demás bellezas.
Por qué no la habeis traído?

Diego.

Está al lado de la reina,
y esta noche era imposible
que de palacio saliera.

Cab. 3.º

Palacio!... siempre palacio
las mas hermosas nos lleva...
y, quién hace camartistas
á muchachas?... eh! las viejas
son las que deben estar
haciendo allí penitencia.

Caballeros.

Ja! ja!

Cab. 3.º

Digo bien, señores:
nos estafan...

Cab. 2.º

(*Oyese música á lo lejos.*)

Ois? La orquesta.

Cab. 3.º Voy, voy; porque me ha ofrecido un minué la baronesa...
Cab. 4.º Y yo á veros...
Caballeros. Vamos, vamos.

ESCENA II.

DIEGO. KEEN.

Diego. Sí, marchad á hacer piruetas. Miserable juventud! qué torpe eres y qué necia!...
Keen. Qué teneis, señor marqués?
Diego. Nada, Kin: y la marquesa?
Keen. Aun no ha venido.
Diego. Estará en palacio dando guerra...
Keen. Pero... vos no estais seguro?
Diego. Ninguna duda me queda. Esta mañana me ha dicho Carvajal con gran reserva, que debe esta misma noche quedar la cosa resuelta.
Keen. Entonces somos felices. En nombre de la Inglaterra se han hecho varios regalos á personas de influencia, y su apoyo han ofrecido en cuanto de ellas dependa. Ya veis que por nuestra parte os damos todas las pruebas...
Diego. Será igual mi gratitud y mayor la recompensa.
Keen. Oh! con esto no es deciros...
Diego. Aquí, hasta las doce y media he dicho que me hallarán...
Keen. Con que aquí estais á la espera...
Diego. Sí, amigo Kin, y por cierto que ya es mucha mi impaciencia...
Keen. Mas calma, señor marqués, no están las doce tan cerca...
Diego. Cada minuto que pasa una esperanza me lleva. Si el nombramiento me envian,

si esta noche la cartera
de secretario de Estado
y del despacho me entregan,
vereis al Somodevilla
qué pocas ganas le quedan
de volver á hacer alarde
conmigo de su grandeza...

- Keen.* Y, habeis notado, don Diego,
que el de Francia no lo deja,
y que están toda la noche
uno y otro en conferencia?
Diego. Tanto mejor. De ilusiones
uno y otro se alimentan;
dejadlos que entre esperanzas
irrealizables se aduerman,
que yo los despertaré
mas pronto de lo que piensan.

ESCENA III.

DON DIEGO, KEEN. MAURICIO por la izquierda del fondo,
llamando hácia la derecha. Despues UN LACAYO.

Mauricio. Eh!... muchacho!...

Keen. Quién es ese
que grita desde la puerta?

Diego. El padre de nuestro héroe;
un hidalgote de aldea
que ha venido por la posta
para amenizar la fiesta.

Mauricio. (Al lacayo.) Vente conmigo...
(Reparando en los que están en la escana.)

Hola!... hay gente?

Diego. Calle!... Don Diego, muy buenas...
(Con tono de burla.) Adios, amigo... que tal?
se baila, se galantea?

Mauricio. Así, lo mismo que usted...
que es decir, como cualquiera.

Keen. Jajaj!... (Sonriéndose.)

Diego. (A Keen.) Qué zafio es el hombre!

Keen. Si...

Mauricio. (Ya andamos á la oreja?)

Lacayo. (Al lacayo.) Dime, y esotro, quién es?
El enviado de Inglaterra.

- Mauricio.* Sopla! no tienen entrambos cara de hacer cosa buena.
- Diego.* Kin, separémonos ya... no ocasionemos sospechas...
- Keen.* Volvámonos al salon.
- Mauricio.* Pero, hombre, quién nos dijera allá, por aquellos tiempos en que iba usted por mi tierra á salto de mata...
- Diego.* (*Retirándose.*) Sí... todo se cambia y se altera...
- Mauricio.* (*Siguiéndole.*) Es verdá; y, no piensa usted en dar por allí la vuelta?
- Diego.* No señor.—
- Mauricio.* Se va á bailar?
- Diego.* (*Con despego.*) No señor.—
- (*Sale con Keen por el fondo, y se van uno por la derecha y otro por la izquierda.*)
- Mauricio.* (*Desde la puerta hablando en la direccion que lleva don Diego.*) Buena respuesta. Aproveche la ocasion por si en otra no se encuentra.

ESCENA IV.

MAURICIO. EL LACAYO.

- Mauricio.* Yo no sé si entenderá este señor de indirectas. Por sí ó por no, le encajé la pildora. Oye! Babieca. Señor...
- Lacayo.* Acércate acá.
- Mauricio.* Qué es lo que manda vucencia?
- Lacayo.* Cómo se entiende!
- Mauricio.* Yo... sí...
- Lacayo.* Toma! y lo dice de veras.
- Mauricio.* Perdonad, alto señor...
- Lacayo.* Eh!... dejémonos de altezas.
- Mauricio.* Escelentísimo...
- Lacayo.* Dale!...
- Mauricio.* Gznápiro... á mí con esas? mirame bien: esta cara

- dime, es cara de escelencia?
Lacayo. No sois el padre del amo?
Mauricio. Pero... bueno, aunque lo sea,
 qué tiene que ver el fino
 brocado con la bayeta?
 Si él ganó ese tratamiento
 con su discurso y sus letras,
 bien está, que se lo den,
 es marqués... y enhorabuena.
 Pero yo que siempre estuve
 entre mulas y entre ovejas,
 y no entiendo de otra cosa
 que de arar y de cosechas...
 soy un topo como tú:
 llámalo á él como debas,
 pero á mi, solo Mauricio.
 Lo entiendes? Mauricio á secas.
Lacayo. Como gustéis...
Mauricio. No, que no;
 al César lo que es del César,
 como dice el tío Facundo...
 Pero, oye acá, buena pieza;
 á qué hora se dá de mano
 á la danza en esta tierra?
Lacayo. Allá á las dos ó las tres
 de la madrugada...
Mauricio. Aprieta!
 á las tres... buena la hicimos!
 Y hasta entonces no se cena?
Lacayo. Es conforme... quereis vos?
Mauricio. Ps... no mas que una friolera...
Lacayo. Algun helado, ó bizcochos,
 un poquito de jalea,
 almibar, vino, ó sangría?
Mauricio. No hay quien te la haga á ti suelta?
Lacayo. Pues le diré al repostero...
Mauricio. No, sino á la cocinera;
 y no hables de golosinas
 á quien tiene hambre de veras.
 Vé á decirle que me envíe
 una cosa de conciencia...
 aunque sea un jabali.
Lacayo. Si señor, es cosa hecha...

Mauricio. adónde quereis que os sirva?
 Toda la casa esta llena...
 y no quiero que murmuren
 viendo que falto á las reglas...!
 llévalo... sí, mejor es,
 al jardin, en la glorieta...
 allí, allí; que hace calor
 y la noche está de perlas.
Lacayo. Voy al momento...

Mauricio.

Oye, chico:

que no falte una botella...

Lacayo. De Oporto, Rhin, Frotinan?...
Mauricio. Rhin... Frotinan... Carifena!

(*Vase el lacayo por el fondo, izquierda.*)

Que es vino de buena boca
 y quita todas las penas.

Voy á esperar la pitanza
 mientras estos se jalean.

Duro! duro! yo á mis solas
 haré tambien penitencia.

(*Vase por la puerta de la izquierda, y salen por el fondo
 derecha Zenon y el duque.*)

ESCENA V.

ZENON. EL DUQUE.

Duque. Aquí descansar podemos
 lejos de esa muchedumbre
 que al mirarnos tan unidos
 se maravilla y confunde.

Zenon. Si, de nada hace misterios
 que levanta hasta las nubes.

Duque. Sin cuidado eso me trae.

Zenon. Tambien á mí, señor duque.

Duque. Una vez que ya esa gente
 murmura, así... por costumbre,
 y que donde no hay objeto
 hallar peligros presume,
 démosle alguna ocasion,
 si á vuestra voluntad cumple,
 para que tenga un motivo
 que con justicia le ocupe.

Zenon. No entiendo...

- Duque.* Os lo explicaré:
perdonad que os importune
con una proposicion
que espero que no os disguste...
- Zenon.* Hablad pues; vuestras palabras
no comprendo á lo que aluden...
- Duque.* Figuraos, señor marqués,
que atendiendo á vuestras luces,
y que al gobierno de España
le pudieran ser muy útiles,
hay quien se empeña en llevaros
del poder á la alta cumbre.
- Zenon.* A mí al poder? hasta ahora
nada á esperarlo me induce.
- Duque.* Podrá ser lo que decís,
mas... dispensad que lo dude:
si no lo esperais, al menos
luchais con la incertidumbre...
y vuestros ojos ahora
esta verdad me descubren.
- Zenon.* Mis ojos? Oh!... vuestra astucia
por ellos nada consulte,
porque le darán gran chasco
si espera que me denuncien.
- Duque.* Sé vuestra serenidad...
pero aquí á nada conduce,
porque voy á hablar muy claro,
y quiero que el que me escuche
me conteste con la misma
franqueza que le pregunten.
- Zenon.* Con ella os contestará
si con ella se le arguye.
- Duque.* El sistema de gobierno
que hay en España, produce
males sin cuento á la Francia...
que no sé cómo los sufre,
y que no es justo, marqués,
que por mas tiempo la abrumen.
Sabeis el fraterno lazo
que á las dos potencias une,
y que son sus intereses
desde lo antiguo comunes;
por consiguiente es preciso

- que este sistema se mude,
antes que tambien á España
graves perjuicios resulten.
Zenon. (Oh! qué interés le inspiramos!
Veremos cómo concluye!)
Duque. Qué decidís?
Zenon. Nada: pensaba
en el lazo que nos une...
Duque. Sí, tenedlo muy presente...
Zenon. Proseguid, para que juzgue...
Duque. Se trata de hacer ministro
á un hombre que al punto busque
los medios mas á propósito
para que todo se anude.
La Francia le sostendrá
mientras su objeto secunde,
y siempre que á todo trance
los de la Inglaterra frustre.
Hay muchos que lo apetecen,
pero pocos que disfruten
del prestigio que Ensenada;
y entre otros hombres ilustres
se ha pensado en vos; ahora
decid lo que se os ocurre...
Zenon. Os doy mil gracias por eso...
que no sé cómo titule,
porque hay cosas cuyo nombre
no hay labios que lo pronuncien.
Entre esos ilustres hombres
que apetecen ese ajuste,
y que nunca serán mas
que unos traidores ilustres,
podeis buscar un ministro
que nos venda y que os ayude,
y que sin remordimiento
á ser español renuncie;
que yo no acepto tratados
que al honor de España insulten,
ni quiero que mi conciencia
tenga nada que le punce.
Esto es lo que por de pronto
responderos se me ocurre.
Duque. Vos no me habeis comprendido.

- Zenon.* Demasiado, señor duque.
Duque. Y renunciáis el poder?
Zenon. Os pasma que lo rehuse
 un jóven cuya ambicion
 à tan alto grado sube?
 Caprichos! tanta grandeza
 no esperéis que me deslumbré;
 cuando se habla de traicion
 de la lisonja al perfume,
 qué es el poder?... renunciara
 la vida sin pesadumbre.
- Duque.* No sereis ministro, en tanto
 que ese escrúpulo os sojuzgue.
- Zenon.* Eso es lo que no sabemos;
 la fortuna es muy voluble.
- Duque.* Pues temed que la Inglaterra
 de iguales recursos use,
 y entonces se pierda todo.
- Zenon.* Eso al monarca le incumbe.
- Duque.* Mirad que circulan voces...
- Zenon.* Bien, dejadlas que circulen.
- Duque.* Mucho Mister Kin trabaja;
 medios de triunfar reune,
 y á la señora marquesa
 será fácil que derrumbe.
- Zenon.* Ellos allá que se entiendan
 y que frente á frente luchen...
 y ya veremos si al cabo
 es ella, ó él, quien sucumbe.
 Pero... no perdais el tiempo
 con pláticas tan inútiles:
 volved al salon... acaso
 hallareis quien os tribute
 gracias y á todo se preste
 con tal de que se le encumbre.
 Con que vos?...
- Duque.* Jamás, jamás!
Zenon. Adios, marqués.
Duque. Adios, duque.
Zenon.

ESCENA VI.

ZENON.

A buena parte has venido;

me has dado á entender el juego...
 Y puede ser que haya estado
 devanándose los sesos
 para organizar el plan,
 y para hacerme instrumento...
 precisamente, ninguno
 pudiera servirle menos.
 Pobre francés!... y, qué enfático,
 y con qué inaudito imperio
 pretende que á su manera
 nuestra tierra gobernemos.
 Y todo por nuestro bien...
 páguele el diablo su intento!
 Si á su corte no le agrada
 el neutral sistema nuestro,
 tanto mejor, luche sola,
 y ella sola pase el riesgo,
 que aquí la paz nos conviene,
 y somos aquí primero.
 Pues digo, al tal Mister Kin
 dónde le colocaremos?
 enredador, suspicaz,
 se vale de cuantos medios
 están al alcance humano
 para vencer y envolvernos...
 y los dos con su cariño
 nos tienen entre dos fuegos...
 Oh!... si en mi mano estuviera
 ese poder tan supremo...
 qué pronto se quitarían
 tantos estorbos de en medio.
 Pero me ha indicado el duque
 que se maquina en silencio
 para hacer que la marquesa
 pierda su influjo... perversos!
 ella es la que os tiene á raya
 con su infatigable celo.—
 Bueno será que lo sepa:
 quiero avisarla al momento
 para que esté prevenida,
 porque esto se pone serio.
 Acaso estará en palacio...
 si yo mismo... qué!... no puedo,

esa gente notaria
 mi ausencia... y luego, misterios...
 y, á quién he de confiar?...
 escribir... nada, cerremos,
 (Cierra la puerta del fondo.)
 cerca está; por el jardín
 salgo, y al instante vuelvo...

(Sale la marquesa por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA. ZENON.

Zenon. Ah!

Marquesa. Que Dios guarde á vucencia.

Zenon. Marquesa, mucho me alegro
 de veros tan á propósito.
 Oh!... sí, venís muy á tiempo.

Marquesa. Qué sucede?

Zenon. Iba á buscaros.

Marquesa. A buscarme?... y bien, qué es ello?

Zenon. Ahora mismo, aquí he tenido
 con el de Francia un encuentro,
 y con varias condiciones,
 bien humillantes por cierto,
 me han revelado su plan,
 me ha ofrecido el ministerio.
 Con enojo he rechazado
 tan miserable proyecto,
 y entonces salió á buscar
 con quien ponerse de acuerdo;
 pero añadió al retirarse
 que el de Inglaterra en secreto
 conspira, y contrarestar
 vuestro influjo se ha propuesto.
 A palacio iba á buscaros,
 pero sin duda aquí el cielo
 os trajo.

Marquesa. Ja!... ja!...

Zenon. Os reis?

Marquesa. Sí, sí; mucho os agradezco
 el generoso interés

- que os habeis tomado... Pero...
- Zenon.*
Marquesa. No ignoro de Mister Kin cuáles son los pensamientos, ni á lo que aspira á llegar con sus planes maquiavélicos. Para separar los lazos estrechísimos que tengo con la reina, á quién pensais que eligen por instrumento? A doña Clara Fajardo. Qué me decís?
- Zenon.*
Marquesa. Es lo cierto.
Zenon. Y, pensais que ella se preste?
Marquesa. Mucho la ostiga Sentello; mas no sirve doña Clara para embrollos palaciegos, ni es capaz de dar abrigo á la traicion en su pecho. No obstante, como se explotan en mi daño varios medios, sabe Dios si con alguno coronarán sus deseos. Tengo muchos enemigos, muchos que envidian mi puesto y en secreto se conjuran; podrán vencerme, y espero que vos me protejereis...
- Zenon.* Yo, marquesa, protejeros?
Marquesa. Vos, si señor.
Zenon. Olvidais que mi destino y el vuestro en todo marchan unidos, y que iguales quedaremos? Quién sabe!...
- Marquesa.* Y un débil vástago trasplantado en el desierto, lejos del árbol frondoso que le dió vida y sustento, qué sombra podrá ofrecer al fatigado viajero?
Marquesa. Mucha, marqués; no sabeis lo que estais ahora diciendo:

porque ese vástago débil
 ha brotado tan soberbio,
 y tan lozano ha tendido
 su ramaje sobre el viento,
 que ya es coloso y vejeta
 con su sombra oscureciendo
 al árbol que fué gigante
 y á quién debió el sér primero.

Zenon.

No os entiendo...

Marquesa.

No es extraño,
 mas lo entenderéis muy presto,
 pues no quiero que ignoreis
 ciertas nuevas por mas tiempo.

Zenon.

Cuales, decid?...

Marquesa.

Salud
 al rey don Fernando sexto,
 que se ha servido nombraros
 su ministro...

Zenon.

Santos cielos!
 Señora!... podrán mis hombros
 sostener tan grave peso?

Marquesa.

Cuidado con vacilar
 en tan critico momento:
 nada se sabe hasta ahora;
 y si el campo les cedemos,
 podremos ser los vencidos
 y los vencedores ellos.
 Que si podreis?... os lo juro,
 fuerzas teneis, y á lo menos
 vuestra intencion será pura
 y español vuestro gobierno.
 Y os aseguro, Ensenada,
 que con buena fé y talento,
 es como se consolida
 el bienestar de los pueblos.

Zenon.

Vuestras palabras, señora,
 dán nueva fuerza á mi aliento
 y avivan el fuego patrio
 que en el corazon encierro.
 No os engañais, mi intencion,
 mi constante pensamiento,
 será que el nombre de España
 se pronuncie con respeto

desde los ardientes climas
 hasta la region del hielo.
 Yo cubriré de bagelas
 el Océano turbulento,
 y clavaré de Castilla
 el estandarte soberbio
 sobre las nevadas cumbres
 de los altos Pirineos.

Marquesa. Eso es lo mas importante
 y hareis lo que nadie ha hecho.
 En breve os remitirán
 de palacio el nombramiento,
 pues iba, cuando he salido,
 el secretario á estenderlo.
 Además...

*(Siguen hablando aparte. El conde entreabre la puerta
 del fondo y asoma la cabeza.)*

Conde.

Qué recatados!
 y aquí los dos en secreto...
 si yo pudiera vengarme
 de los dos á un mismo tiempo...
 Voy á hacer que los sorprendan
 y á que cunda su descrédito. *(Ocúltase.)*

Marquesa.

Zenon.

No lo dudeis, eso ha dicho.
 Pues os juro qué lo siento,
 creará...

Marquesa.

A vuestra elevacion,
 no vos, el rey lo ha dispuesto,
 es preciso que acompañe
 el destierro de Santello.
 Mister Kin ha hecho regalos
 á todos los consejeros,
 y estos son los que al monarca
 sus planes han descubierto.
 Ya veis...

ESCENA VIII.

LA MARQUESA, ZENON. UN LACAYO.

Lacayo.

Zenon.

Lacayo.

Señor...

Qué sucede!
 Perdonad mi atrevimiento,
 pero en un coche ha llegado
 una dama, y con empeño

pretende que la escucheis
à solas breves momentos.

Zenon. Una dama... y, quién?...

Lacayo.

Lo ignoro.

el rostro tiene cubierto,
y no ha querido decirme
su nombre.

Zenon. (A la marquesa.) No sé si debo...

Marquesa. Recibidla...

Zenon. (Al lacayo, que se retira.) Bien, que pase.

Pero, quién será?

Marquesa. Hasta luego.

Zenon. Os vais?

Marquesa. Por allí saldré:

(Señalando à la izquierda.)

interrumpiros no quiero...

Zenon. Interrumpir?... esperad,

no presumo...

Marquesa. Solo os dejo;

no recordais que esa dama
à solas pretende veros?...

(Dirigiéndose à la puerta.)

Cuidado con las audiencias
secretas... (Entornando la puerta.)

Aquí la espero...

ESCENA IX.

CLARA. ZENON. LA MARQUESA, escondida.

Zenon. (Mirando por la derecha.)

Ah!... Cielos!... qué compromiso!

Clara!...

Clara. (Descorriendo el velo.) Sí, yo soy...

Zenon.

Señora...

vos aquí... tan de improviso...

Clara.

Oh!... sí, sí...

Zenon.

Tan á deshora...

Clara.

He atropellado por todo
para cumplir mis deseos;
ni era fácil de otro modo...
vengo á implorar tu...

Zenon.

Teneos...

Clara.

Tencos!... qué es esto?...

Zenon.
Clara.

Es...
Mi vista te es ya enojosa?
Así recibe el marqués
de la Ensenada á su esposa?

Marquesa.
Clara.
Zenon.

Ah!... *(Cerrando la puerta.)*
Quién!...

Hum!... nos has perdido:
nos estaban escuchando!

Clara.
Zenon.

Mas...

(Abriendo la puerta de la izquierda.)

Clara.
Zenon.

Señora... ya ha partido.
Pero... quién! estoy temblando.
La marquesa...

Clara.
Zenon.
Clara.
Zenon.

Ah!... ella aquí!
Sí, para asuntos de Estado...
Con que eres ministro?...

Clara.
Zenon.

Sí;
en qué ocasion has llegado!...
le ha dado tu ofensa vana
nuestro secreto á entender...
no me importara mañana,
pero hoy nos puede perder...
Como!...

Clara.

Llegaste á olvidar
del real palacio las leyes?
tú no te puedes casar
sin licencia de los reyes.
Y caeremos en desgracia
si nos descubre...

Zenon.

Oh!... sí, sí:
tú sientes perder su gracia?...

Clara.
Zenon.

No!... si lo siento es por tí.
Posponerte á mi ambicion?
Su gracia... me has ofendido!
No, nada he dicho; perdón!...
Pero, bien, qué ha sucedido?...

Clara.

Ven, sígueme á otro aposento,
aquí te pueden hallar...
No, escucha solo un momento,
porque te voy á dejar.
En palacio me han contado
que en breve... qué agitacion!
mi padre va á ser llevado

á una perpétua prision.
 Ya que el poder te sublima,
 que cese tu antiguo encono,
 y no consientas que gima
 en tan horrible abandono.
 En que es anciano repara,
 y considera, por Dios,
 que es el padre de tu Clara...
 que alcanza ese golpe á dos.

Zenon. Advierde, mi bien, primero
 que no le impuso mi encono
 ese castigo severo;
 es emanacion del trono...

Clara. Mas tú puedes endulzar
 su estremada suerte impia...

Zenon. Mi sangre por alcanzar
 su perdon, derramaria.

Clara. Y no hay remedio?

Zenon. No sé...
 pero calma tu dolor:
 yo con mi rey cumpliré...
 y cumpliré con mi amor.

(Se abrazan al tiempo que se abre la puerta del fondo y salen don Diego, el conde y escaso número de caballeros, que se detienen en el dintel de la puerta.)

ESCENA X.

CLARA. ZENON. DON DIEGO. EL CONDE. CABALLEROS.
 Despues MAURICIO.

Conde. Qué noche tan calorosa!
 Aquí...

Diego. Mi hija!

Zenon. (Ah! Desdichada!)

(A los circunstantes.)

Sí, señores: es la esposa
 del marqués de la Ensenada.

Diego. Vuestra esposa!

Zenon. Si señor.

Diego. Infame!

Mauricio. (Que sale por la izquierda.)

Qué bulla es esta?

A qué viene ese furor?

Se nos ha agüado la liesta?

Zenon.

(Entregándola á Clara.)
Guardadla cual corresponde,
señor; á vos os la entrego...

(A los demás.)

Dejadme aquí con el conde
y con el señor don Diego.

(Cerrando la puerta.)

No es justo que la funcion
se altere, ni la alegría...

ESCENA XI.

ZENON. DON DIEGO. EL CONDE.

Conde.

Diego.

Zenon.

Conde.

Diego.

Zenon.

Diego.

Zenon.

(Me lucí, por vida mia.)

Decid, tan grande traicion
de cierto habeis cometido?

Traicion en vuestro despecho
llamareis al lazo estrecho

que por siempre nos ha unido?

(Pero este hombre es el demonio.

Qué atroz!... esto al cielo clama!...

ayer me quitó la dama

y hoy me quita el matrimonio...)

Y qué cuenta le dareis

á mi honor, nunca manchado,

habiéndolo así ultrajado?

Yo?

Qué le responderéis?

Me habeis injuriado, sí,
con intencion bien cobarde,
y habeis despues hecho alarde
de mi deshonor aquí.

Mas... yo quedaré vengado:

comprendo bien el objeto

de ese enlace tan secreto...

pero os habeis engañado.

Oh! llegásteis á entender

mi próxima elevacion,

y buscais la salvacion

por medio de una mujer?

Don Diego!... no prosigais;

fatal estais esta noche;

ved que con tanto reproche

de mi paciencia abusais.
 Si Clara mi esposa es,
 solo ha entrado en esta union...
 por todo mi corazon
 y por nada el interés.
 Y sabia por demás
 que á la cartera aspirábais,
 y sabia que soñábais...
 porque era un sueño y no mas.
 En fin, señor, si á los dos
 hoy nos habeis sorprendido...
 nuestra la culpa no ha sido,
 vos la teneis, solo vos.
 Debiérais pedirme albricias...
 Por lo demás... delirais,
 ó muy atrasado estais,
 señor marqués, de noticias.

ESCENA XII.

ZENON. DON DIEGO. EL CONDE. UN LACAYO.

- Diego.* No!
- Lacayo.* Un portero de palacio
 estos pliegos... *(Se los dá á Zenon y se retira.)*
(Con ansiedad.) Para vos?
- Diego.* Este si... y este, los dos.
Zenon. *(Abre uno y lo recorre brevemente.)*
 Perdonad... *(Dádoselo á don Diego.)*
 Leedlo despacio.
(Abre el otro y lo examina.)
- Conde.* Este hombre es original...
 y vaya si me ha jugado
 dos ó tres... y bien mirado
 no puedo quererle mal...
 Pero, bien lo sabe Dios,
 si le pillo, por quien soy...
 Conde?
- Zenon.* Sabeis que me voy
Conde. reconciliando con vos?
 Sois galan de buena ley...
Zenon. Tal vez esa voluntad
 dure poco...
Conde. No.

Zenon.
Conde.

(Dándole el papel.) Mirad.

(Buscando la firma.)

Y, qué es esto? Hola! «Yo el rey.»

Le nombran ministro... Ay Dios!

y me he dejado engañar!

Vuelta otra vez á viajar;

nos destierran á los dos...

Qué dices!

Diego.
Conde.

(Dándole el papel.) Nada, friolera;

mirad, el rey lo ha mandado...

Amigo (A Zenon.) os habeis portado,

pedir mas, ambicion fuera...

Ah!

Diego.
Zenon.

No, estais en un error;

no os quito yo la real gracia;

me duele vuestra desgracia

tanto como á vos, señor.

Si, de la corte saldreis,

fuerza es prestar obediencia,

mas... calmad vuestra impaciencia,

que en breve aqui volvereis.

Y si volveis bien curado,

yo me daré buena traza

para que halleis una plaza

en el consejo de Estado.

La proteccion, ¡vive Dios!

que sin tiempo me ofreceis,

os ruego que la guardéis

por si os hace falta á vos.

Acaso habeis olvidado

ufano con tal conquista

que con una camarista

ciego os habeis enlazado?

Y vos podeis ignorar

que sin licencia...

Diego.

Señor!

No sabéis tan grande error

adónde os puede llevar?

Pero, vos capaz sereis...

Ved que á Clara de ese modo...

Oh!... por vengarme, de todo,

de todo, no lo dudeis.

(Yaya, en otra nueva lid...)

Zenon.
Diego.

Zenon.

Diego.

Conde.

Zenon. Que es hija vuestra...
Diego. Jamás.

Ó vos ó yo, nada mas.
(Abrese la puerta del fondo, y aparecen la marquesa conduciendo á Clara, y seguidas de Mauricio, Keen, el duque, y crecido número de damas y caballeros.)

ESCENA ÚLTIMA.

LA MARQUESA. CLARA. ZENON. DON DIEGO. EL CONDE. MAURICIO. KEEN. EL DUQUE. DAMAS Y CABALLEROS.

Marquesa. Venid, señores, venid,
y cumplamos con la ley
entre nosotros sagrada:
saludemos á Ensenada
primer ministro del rey.

(Señales de alegría entre las damas y caballeros.)

Zenon. Señora...

Marquesa. Estais en presencia
de vuestra esposa...
(Entregándole un pliego.)
Tomad,

esta es de su magestad
la aprobacion y licencia.

Zenon. (Bajo y con entusiasmo.)
Ah marquesa generosa!

Marquesa. (Lo mismo.) Os perdono...

Zenon. Bien se ve...

Marquesa. (Alto.) Y si lo aprobais, seré
madrina de vuestra esposa.

Conde. (A Diego.) Ya lo veis... no hay remision...

Diego. Qué fortuna tan sin tasa!

Mauricio. (A Diego.) En la Rioja hay una casa
que está á su disposicion.

Si hay destierro, menos malo,
haga usted ese sacrificio.

Diego. Mil gracias, señor Mauricio:
acepto vuestro regalo.

Duque. (A Keen.) Lo habeis elevado vos?

Keen. Vos habeis sido.—

Estais loco?

Duque.

Keen.

Duque.

Keen.

Duque.

Pues yo, no.

Ni yo tampoco.

Zenon.

(Colocándose entre los dos.)

Sí, ninguno de los dos.

Y no os molesteis en vano,
señores, pues si me elevó
es solo porque lo debo
al favor del soberano.Lo entendeis?... desde hoy será
otro de España el destino,
y jamás del buen camino
ninguno me apartará.

Ya quedareis enterados:

nada pretendáis de mí,

porque no hacen falta aquí

(Al duque.) ni tutores... *(A Keen.)* ni aliados.*(Pediré mis pasaportes.)**(Pues señor, vuelta á empezar.)*

Eh!... señores, á bailar.

Dios bendiga á los consortes.

Chico, chico, oye un consejo:

tú eres mozo y tienes ciencia,

pero yo tengo esperiencia,

que de algo vale el ser viejo.

Nada puedo darte ya

que á tu buena suerte cuadre

sino el consejo de un padre

que en breve te dejará.

No atiendas á la malicia:

á los nobles y al pechero

mídelos por un rasero;

justicia, Zenon, justicia.

No admitas traba ninguna:

sé libre: las manos sueltas...

pues siempre está dando vueltas

*la rueda de la fortuna.**(Se abrazan y cae el telon.)*

Duque.

Keen.

Zenon.

Mauricio.

FIN DE LA COMEDIA.

estacion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre rico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honroprovecho.—Hosteria de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de Gil.
provisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Gauda.—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por luna.—Isabel de Babiera.—Yerros de la tud.—Ya murió Napoleon.
robo II.—Jadraque y Paris.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan avia.—Juan de Padilla.—Judia de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepe el Veronés.—de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Jurgo de la gallina ciega.
nces de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Londres.—lingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luis oncano.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—za.—Luis y Luisito.
de Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Mar á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—lo de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamueertos y el cruel.—Mateo, ó a del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Medico y huérfana.—las extraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios.—Mi empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi boura por su vida.—Mi Secretario y yo.—rios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalupe.—Morisca de Ala.—Moedades de Hernan Cortés.—Muerete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gazmo.—Mujer literata.—Mufato.—Mauregato, o el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—ro de baile.—Mancho, piso y queso.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.—el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por no venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem el amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en Paris.—y de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.
brar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau.—Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
pho el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pactodel hambre.—Padre é hijo.—es de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bai.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual tranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de la sa, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla arcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patri.—Pilluelo de Paris.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre preten.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—sa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Principe tana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor con.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—rpio de un reinado.—Programa de Manzanares.
ué dirán.—Que hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—ro sar cómico.—Quince años despues.—Quien á rucheillo mata.
es de la novia.—Redacción de un periodico.—Redoma encantada.—Republica conyu.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Re.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdi.—Roberto D'Artesvelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosamunda.—Rueda de la fortuna, 1.ª.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retratos y ori.—bles.
aul.—Samuel.—Sancho Garcia.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—unda dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola.—de un prisionero.—Solitarios, zarzuela.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—elo.—Solo.—Solo mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, rásate.—Sálve.—que pueda.—Soy yo, zarzuela.—Santiaguillo, zarzuela.
tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—te de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararita.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—que groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tren.—lo sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba sal.—Tutora.—Tomás el montañés.
Valeria.—; Vaya un par! —Vellido Dolfos.—Veneciana.—Vengano de un caballero.—Ven.—za de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cardenas.—Vengar con amor sus.—Vicente Paul, ó los espositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence.—riencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud de la deshonra.—Visionaria.—

Vuelta de Estanislao.—Valentín el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calavera
Vicio y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un deseo.—Un día de campo.—Un día
de 1922.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un pasco á Bodas.—
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de este
66.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura de Cár-
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una relación
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Última calaverada.—Una perla en el fun-
ga.—Una noche y una aurora.—Unión liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey. 4.ª parte.—Zapatero y rey. 2.ª parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

19 tomos del teatro antiguo español de Tirso de Molina, á 460 rs.

80 idem del moderno español, á 20 rs. cada uno.

40 idem del estrangero, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle de Carretas
y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Iberia. - Alcoy, Viuda é hijos de Martí. - Almería, Alvarez. - Avila, Aguado. - Ba-
nacete, Rodenas. - Almadén, Cabanillas. - Badajoz, Viuda de Carrillo. - Barcelona, Pierrer. - Ba-
nascante, Fidalgo. - Bilbao, Garcia. - Burgos, Arnaiz. - Barbaastro, Viuda de Laflita. - Cáceres, Gl-
menez. - Cádiz, Viuda de Moraleda. - Córdoba, Arroyo. - Cuenca, Mariana. - Ciudad-Real, Ma-
laguilla. - Cartagena, Borruezo. - Coruña, Labajo. - Ferrol, Taconera. - Guadalajara, Sanchez. -
Granada, Zamora. - Habana, Charlain y Fernandez. - Huelva, Osorno. - Jaen, Callo. - Jerez, Bue-
no. - Leon, Arguello. - Lérida, Rexach. - Logroño, Verdejo. - Lugo, Viuda de Pajol. - Lima, Ca-
lleja y compañía. - Málaga, Medina. - Murcia, Riera. - Mahon, Vinon. - Orense, Perez. - Oviedo,
Alvarez. - Puerto de Santa Marta, Valderrama. - Palencia, Camazon. - Palma de Mallorca, Gela-
bert. - Pamplona, Ochoa. - Plasencia, Pis. - Puerto Rico, Mestre. - Reus, Molner. - Ronda, Mor-
ti. - Salamanca, Viuda é hijos de Blanco. - Santiago, A. Calleja y compañía. - Santa Cruz de
Tenerife, Povver. - Segovia, Alonso. - San Sebastian, Garralda. - Sevilla, Hidalgo y Compañía.
- Soris, Perez Rioja. - San Lucar, Esper. - Seron, Fernandez. - Santander, Besañez. - Teruel, Ba-
quedano. - Toledo, Hernandez. - Talavera, Sanchez Castro. - Tarragona, Nevot. - Valencia, Na-
varro. - Valladolid, Hijos de Rodriguez. - Victoria, Echevarria. - Villanueva y Geltrú, Creus y
Bertran. - Vergara, Oyarvide. - Zaragoza, Viuda de Heredia y Yague.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 400 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Ronsi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Arago: un tomo, 44.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como
útiles á la enseñanza pública.

Poesías de D. José Zorrilla: 13 tomos que se espندن sueltos, 220.

— de D. José de Espronceda, con su retrato y biografía: un tomo, 46.

— de D. Tomás Rodríguez Rubi: un tomo, 40.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 40.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 40.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

La Isla de Cuba considerada economicamente, por el Sr. D. Ramon Pasa-
lstra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte
total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del estudiante, en verso y prosa: un tomo, 42.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 44.

Memorias del principe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.